

Carmen Naranjo

*Los
Poetas
también se mueren*

C. R.
863.6
N218po

ET

Editorial Tecnológica
de Costa Rica



Los poetas también se mueren

Los poetas también se mueren

Carmen Naranjo



Primera edición

Editorial Tecnológica de Costa Rica, 1999

C.R.
863.6
N 218 p^o

Naranjo, Carmen.

Los poetas también se mueren / Carmen Naranjo. -- 1a ed. -- Cartago: Editorial Tecnológica de Costa Rica, 1999.

142 p. ; 21 cm.

ISBN 9977-66-115-4

1. Cuentos costarricenses I. Título

CDD sugerida CR863

102769
05 ABR 2000



© **EDITORIAL TECNOLÓGICA DE COSTA RICA**
Instituto Tecnológico de Costa Rica

Apdo. 159-7050, Cartago

Fax (506) 552-5354 – Tel. 550-2297, 550-2336, 550-2392

ISBN 9977-66-115-4

Hecho el depósito de ley

Impreso en Costa Rica

*Dedico este libro a los amigos
y colaboradores
Teresita Zamora, Maritza Prado
y Gabriel Vargas, a quienes
debo mi ingreso al
Instituto Tecnológico de Costa Rica,
que tanto me ha honrado.*

Contenido

Prólogo	9
Los poetas también se mueren	13
Libro de ironías y burlas, de quejas y lamentos	17
Un pensamiento triste me rodea	23
Conformarse es una triste y ajada realidad	27
Cuatro versiones sobre un tango universal	59
Réquiem para un día que se acaba	63
Definitivamente tiene una cara prestada	65
Centinela, abra para mí las puertas del deseo	69
Impaciente porte	73
De varias posibilidades la única	77
De las feas Miss Universo	81
El lenguaje de los besos	85
Santo y seña de la gente corriente	93
Pretextos, protestas y textos	97
Ventana de indicios sobre una ciudad perdida	103
Las esculturas en juego	109
Del sí y del no	113
La no originalidad	117
La cara clara de los hombres oscuros	121
Baladas de azul envidia	127
El agonizante siempre puntual, sólo hizo esperar una hora	133
Los relojes no tienen tiempo para repicar las horas	137

Prólogo

Siempre he aplastado hormigas y cucarachas, a las primeras por invasoras y entrometidas, a las segundas porque les tengo un profundo asco.

C. Naranjo

Hay poetas que mueren, lo que no quiere decir que dejen de existir como personas sino como creadores. Eso, nos revela Carmen Naranjo, sucede cuando los autores se acomodan plácidamente al sistema, cuando se acalla su voz transformadora y sólo se escucha su voz de ganapanes o ganapremios.

Carmen Naranjo está hoy, dichosamente para todos nosotros, más viva que nunca. Su voz, reacia al tema fácil y al halago, su presencia, crítica y contestataria, no la dejan acomodarse y medrar a la sombra de la cultura oficial. Algo alejada del mundanal ruido, sigue creando y enseñando, sigue viendo con sus ojos clarividentes a los unos y a las otras; en síntesis, no le hace mucha fuerza ni a los panes ni a los premios.

Los poetas también se mueren es el nombre del volumen de 22 cuentos, a cual más de ácidos, a cual más de socarrones, a cual más de edificantes, que la gran escritora nos presenta hoy por medio de la *Editorial Tecnológica de Costa Rica*. De nuevo la mediocridad, el oportunismo, la envidia, la impotencia espiritual, temas universales y ejes de la narrativa de Naranjo, saltan a escena en forma de personas de sátira moderna. El fino hilo de la ironía los gradúa.

El poeta acomodaticio, el plagiaro, el narcisista, el político demagogo, la pareja en pugna, la sabia y el oportunista, el artista imposible, etc., son algunos de los tipos inolvidables que emergen. Parecen mitad fantasía y mitad testimonio. Son seres de los que hay que

decir: "Cualquier parecido con la realidad no es pura coincidencia". Pero, a pesar de un referente nada difícil de reconstruir, estos engendros alcanzan su independencia y pueden disfrutarse aunque no se conozcan sus referentes. Algo parecido hizo Dante Alighieri con sus contemporáneos, sólo que él los envió al infierno teológico, mientras la narradora se limita con mandarlos al infierno a secas. El sarcasmo, más bien el humor negro, nos salvan de la amargura.

Fantasia y observación del entorno parecen ser la materia prima de este libro. Pero, mezclado en esa danza de seres y de cosas, también viene un autoanálisis de la propia narradora. En esa pieza extraordinaria que se llama "Conformarse es una triste realidad" se deslizan importantes confesiones sobre el proceso de creación literaria, una especie de "Ars narrandi" de Carmen Naranjo. Algunos de los principales postulados son:

1. Debe experimentarse permanentemente con la técnica narrativa
2. Alentar la esperanza de lo mejor es el objetivo de la literatura, aunque para ello deba recurrirse a formas poco prestigiosas como el panfleto
3. Concentrarse en lo puramente literario puede ser un gesto estéril
4. El arte narrativo debe preferir la acción a la reflexión, pero no debe excluirla
5. La narración de los hechos es una forma de llamar la atención sobre ellos
6. Todo personaje tiene un vínculo imaginario con alguien real
7. Los relatos no concluyen sino que se engarzan con otros relatos.

Una sociedad de poetas muertos, a pesar de lo sublime de la película homónima, no es lo que deseamos. El poeta muere cuando pierde su compromiso, cuando se encierra en lo literario. Pero no sólo de poetas muertos trata este libro de Naranjo sino de otras

víctimas cotidianas de la inautenticidad. Vale la pena una lectura-reflexión de este libro-planteamiento.

Gabriel Vargas A.

Los poetas también se mueren

Cuando lo conocí me pareció valiente, audaz y muy original en esa forma de rumiar el lenguaje para después desencadenarlo en una vibración que se apoderaba de uno, sin más camino que el de entregarse al capricho de lo que quisiera.

Más tarde, tal vez un año después, no lo encontré tan fascinante y seguro de sí mismo, brillante eso sí, acaso un tanto apagado, un poco como escondiéndose, hosco y tímido, sin muchas ganas de hablar sobre lo que había hecho y pensado.

Unos seis meses pasaron y el cambio era notable. Ganó el premio de Casa de las Américas y no cabía en su propio cuerpo. Necesitaba contarle al primero que quisiera oírlo los temas de aquel libro sobre "Deseo iluminado". A mí me pareció que se le iba la mano en el autoelogio, pero los demás más bien creyeron que era modesto y medido.

Pasó un mes y me lo topé en el parque. Estaba angustiado porque sentía por dentro una sensación de vacío, lo que consideraba lógico después de lograr un gran libro.

En setiembre me buscó para regalarme un ejemplar. Lo noté mejor, más calmado, ya planeaba otra obra con un título que todavía no iba a revelar.

En navidad coincidimos en una fiesta de amigos comunes. Trajo un manuscrito y leyó unos poemas carentes de aliento y de ritmo interno. Me llamó la atención su tono panfletario.

En enero con voz ronca ocupó el escenario y demandó que se reconocieran sus méritos, había que aguantar sus extravagancias y

demasiás, aunque adentro apunté que la escena era muy poco elegante, más bien de mal gusto.

A punta de halagos falsos y de arrastres por los pasillos presidenciales, logró el nombramiento de ministro consejero de la Embajada de nuestro país en España. Se fue de inmediato a ocupar el cargo con un halo de poeta laureado.

Se deslizó por los estudios de los poetas, a los que invitaba a desayunar y a cenar. De plano rechazó a las escritoras, como en su país eran medias locas y se embriagaban con cursilerías.

Tocó las puertas de las editoriales, a las que se presentó con bellos manuscritos computarizados, que los rechazaron con un mutis por la escena.

A todo esto en su Embajada los funcionarios lo detestaban, sentían que los menospreciaba y también que se avergonzaba de haber nacido en nuestra tierra. Felizmente su ausencia en las oficinas era visible y nunca realizó el más mínimo trabajo. Respondón, incómodo, desobedecía cualquier orden del Embajador.

Fue por aquella época que se dedicó a la cacería de los concursos y a averiguar con recato quiénes eran los jurados. Corría en su búsqueda para confesarles su admiración y lo mucho que habían influido en la suya. Y como todos ambicionan discípulos y se deleitan con reconocimientos, lo tenían en cuenta y le daban palmaditas en la espalda.

Ganó un certamen de buena reputación en la madre patria de nuestros conflictos y así logró que lo publicaran. Aquí montó una publicidad que lo declaró genial, gracias a unos amigos periodistas que nunca habían leído su obra, pero conocían su generosidad y pensaban visitar España.

La Casa Presidencial cambió de personajes, como pasa en nuestro país cada cuatro años, y sin contemplación alguna lo

destituyeron. Regresó con pasos altaneros y envuelta su cara en el menosprecio por nuestras cosas.

Organizó recitales en la capital, porque la provincia no le interesaba aunque había nacido en el interior, en un rincón entre montañas que distancian el mar.

Despreció invitaciones de los países centroamericanos, porque con indios y negros no quería relación alguna. Después confesó que América Latina le quedaba pequeña, él con excesiva modestia buscaba el Premio Nobel de Literatura.

Como los ambiciosos, jóvenes y despistados, lo cortejaban y seguían, empezó a formar grupos en que daba órdenes y exigía escribir a su estilo, tan depurado y exitoso.

Se hizo noticia constante en periódicos y revistas, su voz ya cansaba en las radioemisoras y su imagen se agotaba en las televisoras. Francamente no tenía nada que decir, salvo hacer notar su importancia.

El alboroto que trató de provocar acerca de su nombre y personalidad dio como resultado que surgiera a su alrededor un largo y espeso silencio. Fue tan hondo, tan prolongado que lo obligó a callarse hasta el final de sus días.

Cuando un poeta calla, se le asoma en la cara un signo de agonía que anuncia su muerte. Pasan las imágenes por sus ojos, no las puede retener ni asir, se le doblan sin lograr erguir las. Después empiezan un juego de escondite en que se ilumina el olvido.

Libro de ironías y burlas, de quejas y lamentos

Cuando Saulo estuvo en la cárcel, leyó varias veces la Biblia y lo consoló el hecho de que con frecuencia el castigo disminuye la culpa, a tal punto de sentirse liberado de pecados y de acusaciones sobre sucesos en que nunca tuvo intenciones de participar. En una de las apelaciones que hizo, sin abogado que le facilitara las gestiones judiciales, logró comprobar que él andaba en otro sitio distinto al del crimen, además que nunca tuvo relaciones con la familia asesinada, ni motivo alguno para hacerles daño. El juez al que le llegó su carta y había visto su causa en primera instancia, recibió una honda impresión del estilo claro, elegante, lleno de citas bíblicas, que usaba el encarcelado porque no correspondía a su facha de pordiosero con su pelo largo, su barba descuidada y su ropa rota, sucia, con un olor a rancio. Comparó la letra con la de otros escritos recibidos antes y encontró que era la misma caligrafía, pero sin argumentos desordenados o emocionales, más bien con una redacción detrás de la que sobresalía una lógica depurada y convincente. Se preguntó si en la cárcel, un centro de corrupción y de fomento de bajos instintos, era posible que alguien se superara. Decidió visitar al reo, quien por esos días inició una nueva lectura de los Nuevos Testamentos, con el propósito de reafirmar su amor a Dios y al prójimo.

Definitivamente el prisionero se superó, se dijo en silencio el juez, persuadido que se debía reabrir su caso, pues no estaba convencido sobre las dudosas pruebas que aportó la oficina de investigación. Además el crimen de la familia monopolizó la atención de telenoticiarios, radionoticias y periódicos, por lo que fue necesario precipitarse sobre el encuentro del culpable para tranquilizar la zozobra que estaba viviendo el pueblo. ¿Quién mejor que el vagabundo que pedía limosna por el barrio? Su falta de

memoria ayudó mucho, su ausencia de identificación también, así como el atribuirle algunas desapariciones de bienes, a ese pobre hombre que rebuscaba miserias en los basureros.

Saulo no abogó por su libertad, sólo pidió que se le hiciera justicia para tener oportunidad de predicar, sin molestar a nadie, para que los hombres vuelvan sus ojos hacia Dios y adquieran conciencia sobre la trascendencia de sus vidas.

El juez, al reabrir el caso, despertó un gran escándalo, se le acusó de sacar maleantes de la cárcel para que volvieran a delinquir, de liberar criminales para poner en peligro a la sociedad, de ser irresponsable en sus fallos, de fomentar desconfianza en la justicia. El alboroto no duró mucho porque en sus declaraciones, en sus entrevistas para la radio y la televisión, Saulo sublimó su apariencia de pordiosero con su palabra sabia y profunda, su don de mirar más allá del presente, su no reclamar y sí resignarse con su destino en que podía haber la injusticia, siempre que liberara a otro de ella. Un hálito de santo y de hombre bueno, le ganó la simpatía de la gente. Además tenía la habilidad de plantear algunas ironías finas, como aquella de la ingratitud de juzgar a las personas por su apariencia y por sus ropas, sin pensar que el alma no se viste ni se maquilla, vive dentro y se trasluce en los esfuerzos de perfección, en que no se anotan los sacrificios ni la pobreza. El hombre que no tiene nada no pierde, su existencia es su única propiedad que debe enriquecer con bienes espirituales.

Al ganarse a periodistas y al público, el juez se atrevió a dictar una sentencia en que lo declaró inocente y ordenó su libertad. Saulo comentó que terminaba un calvario para comenzar otro, así debía ser porque cada hombre llevaba en su destino el mismo diseño de la vida en que creció y murió Jesús. Los niños sufren de nostalgia por el porvenir, los sabios por no dominar toda la gama de conocimientos, los que fueron amantes por la pérdida de las caricias, los viejos por el tiempo que se les acaba y la imposibilidad de ser diferentes, los

presos por su miedo a los ratos libres en que repasan sus errores, las mujeres por su terror a que se esfume su belleza, los expertos a que se compruebe su impericia, las viudas a los terrores de la resurrección, los divorciados a las rupturas con conciliaciones, los estudiantes al mal de ojo por parte de los profesores y las adolescentes a perder la gracia de la inocencia.

Saulo predicó en los estadios, en las plazas, en los parques y en las calles. No pasaba el sombrero, que no tenía, ni su pañuelo, para recoger monedas que le pagaran en alguna forma su espiritual discurso, siempre congruente y de lógica columna apoyada en la necesidad de descubrirse por dentro y limpiarse de vanidades. Presentaba a la humildad como una buena compañera, excelente amiga en su misión de distinguir el bien del mal.

Algunas veces frente a su público, al que miraba en forma directa y rotunda, notó que varios individuos se codeaban y burlaban con ciertos gestos obscenos. Otros no hacían caso de sus prédicas, pasaban indiferentes, seguían comiendo lo que estaban comiendo. Al principio creyó que eso era natural, porque las personas rehuyen las voces que se atreven a hablar de las verdades sentidas como vivas y tan sinceras como la naturaleza y sus paisajes que hace Dios y deshace el hombre irreflexivo, irresponsable y egoísta.

Más tarde, ya en su precaria habitación, se quejó de esas actitudes de burla y de indiferencia. Se lamentó que su voz no fuera tan fuerte como la de los profetas, la de los apóstoles y la del mismo Mesías, aunque este último ejemplo le sonó muy pretencioso. Pensó en alguna ironía que le permitiera atraer a ese tipo de personas, así se le ocurrió este comienzo atractivo: no vengo a predicar, vengo a aconsejar sobre las mejores inversiones, las de mayores intereses y seguridades. Sálvense del fuego, de las tentaciones de Satanás, de los delirios del mal, de las enfermedades enconadas en el alma. Invierta en usted mismo, engrandezca su espíritu, lávese con el agua pura de la renuncia a las tonterías, confíe en la transparencia de los ideales y de los sueños,

dedíquese a la tarea de despojarse de apariencias y arrópanse en la esperanza de la miseria donde reside la paz eterna de la conciencia.

De esta manera empezó su nuevo discurso, el que despertó más burlas y más indiferencias. Cuando se dio cuenta de que en plazas, parques, estadios y calles, el público se reía de sus consejos casi de manera unánime decidió anclarse en sus inhóspitas soledades para tratar de comunicarse con Dios y pedirle orientación para su quehacer benéfico. Después de muchos días de largas reflexiones, concentradas en los ruegos, exentas de quejas y lamentos, una voz lenta y con dejos de otro mundo, con algunas interferencias atmosféricas, le ordenó que dejara el discurso verbal y se dedicara al escrito como lo hicieron los apóstoles y sus seguidores, las palabras se las lleva el viento del olvido, el testimonio se queda y crece.

Saulo empezó a escribir su libro de ironías y burlas, de quejas y lamentos, en que narró sus experiencias, sus meditaciones y hallazgos. La muerte lo sorprendió cuando estaba ante los últimos pensamientos y sobre su conversación con Dios. En la endeble mesa dejó las páginas ordenadas, cada una con su número consecutivo. Un borrachín, a quien alojaba en su destartalado dormitorio por pura lástima, le cerró los ojos y le tendió una sábana rota sobre su cuerpo. Recogió las hojas pues sabía que para Saulo siempre tuvieron gran importancia, dispuesto a leerlas en alguna acera iluminada por una alta lámpara. Asombrado por su contenido tan pleno en verdades y en confesiones fervorosas, decidió no volver a tomar y seguir un destino paralelo al del autor. Hecho un hombre de bien, honrado y humilde, consiguió trabajo de guarda. Tiempo después, cuando hizo suyos los escritos de Saulo, se los enseñó a su patrono como si fuera una obra de su propiedad. Sin interesarse mucho en su contenido, un poco para halagarlo y otro para asegurar su confianza, le recomendó que le propusiera a una editorial publicar el manuscrito o esperara que se convocara un concurso de testimonio existencial. El guarda optó por la vía última, que facilitaba su anonimato y ocultaría sus

pobres antecedentes. Por fin apareció la oportunidad, con un buen premio y la promesa de editar la obra seleccionada.

Por supuesto, ganó el concurso, el jurado declaró que su decisión se basó en la sinceridad de las confesiones, en el alto espíritu que las alentaba, en la firmeza y corrección de su lenguaje y especialmente en el relieve de un mensaje fuerte y optimista que garantizaba un futuro mejor y trascendental.

Cuando el autor necesitó firmar el contrato de edición y recibir el premio, salió de su anonimato con paso seguro, orgulloso de su origen humilde, de su ignorancia salvo en experiencias personales y de su incomodidad con el trato de esos intelectuales fatuos y cargados de inútiles vanidades. La fama se le vino encima, no lo acortó ni lo alargó.

Cuando el libro se declaró texto escolar y obligatorio, se aumentaron las sumas que le correspondían por derechos de autor, pensó mucho en Saulo y en el imperativo de que ya fuera en sueños o despierto le dictara un segundo tomo que prolongara ese testimonio existencial del que se había apoderado sin permiso alguno. Sin quererlo ni proponérselo volvió a los tragos y a las tandas que lo llevaron a perder el empleo y a olvidar su obra inconclusa.

Un pensamiento triste me rodea

Cuando avanzó la tarde y ya oscurecía, me di cuenta de que mis esfuerzos habían sido vanos. Tanta educación, tantos libros, horas de lectura y de oír conferencias, clases magistrales, en vez de vestirme de inteligencia me habían desprovisto de ella.

Repasó su vida en que había dado demasiado, más de lo que su propia capacidad permitía, más de lo que era necesario y oportuno. Siempre el todo por delante, nunca la mitad o un poco.

Ahora se mira las manos vacías y siente la soledad que la rodea. No hay derecho, piensa, para que esto me pase a mí. Una imagen sigue a otra como en un cine. Por allá un personaje que sale con su propio rollo y por acá otro que viene con su maleta de sucesos. Y siempre, en el centro de la escena, alguien muy conocido, muy cercano, casi familia, corre en un carro sin saber a dónde va. Las calles, a veces, son gente que se adelanta o se queda atrás, lo mismo pasa con los almacenes y las casas.

Pero su vida no ha sido una película que se puede correr de un lado para otro, con el fin de suprimir la escena que quedó mal. Había sido construida hora tras hora, día tras día, con una disciplina fervorosa que la llevó a pensar hasta en el éxito porque casi siempre se reconoce el esfuerzo y la dedicación. Se levantaba a las seis para terminar de leer lo que había empezado en la noche, se alistaba en menos tiempo que el que necesitan las personas remolonas, poco alertas y perezosas. Ya en la calle caminaba rápido hacia el trabajo. Siempre fue la primera en llegar y la última en salir.

Alguien que le tenía afecto le comentó que en la oficina la consideraban una plaga. ¿A ella? ¿A ella por qué? Quizás por ser

demasiado oficiosa, acaso por revisar lo que hacían los otros, tal vez porque cuando le preguntaban algo dictaba toda una conferencia.

Sin amigas, sin amigos, se acostumbró a ir sola a los cines, siempre que alguien con autoridad en la materia le recomendara una excepcional película. Ir como rutina era perder su tiempo ya tan escaso para sus libros y apuntes.

No tuvo nunca parientes. Era hija única de sus padres que emigraron a este trópico donde había que desconfiar de los excesos y de los acercamientos pegajosos. Primero se fue su madre con esas calenturas y fríos tan repentinos. Su padre tuvo un accidente automovilístico que se lo llevó de inmediato. Vendió la finca y se vino a la capital donde se compró una casa pequeña de madera con un cuarto para sus libros y revistas. Nunca fue a una escuela, sus padres le enseñaron en la soledad de una casona rodeada de plátanos, mangos y papayas, a leer y a escribir, a contar, restar, multiplicar y dividir.

La ciudad le resultó hostil, violenta y vulgar por lo que se refugió entre sus cuatro paredes y no hubiera salido nunca si no le faltaran comestibles.

Cuando buscó trabajo para mantenerse con un salario, aunque fuera mínimo, le preguntaron por los títulos que no tenía y las recomendaciones de personas que la avalaran, a quienes no conocía, pensó que su destino era morir de hambre. En una de las tantas entrevistas que le hicieron, pidió que le permitieran probar su capacidad durante un mes, en que sólo trabajaría sin pedir remuneración alguna. Su laboriosidad, su saber de tantas cosas diferentes, su disciplina, deslumbró a los patronos, no así a los compañeros que muy pronto le cogieron tirria y la apodaron plaga. La mujer de la limpieza, doña Mercedes, le tomó afecto. Le parecía una señora muy en su sitio y clara en todo sentido, además inteligente y preparada que no sabe perder un minuto de su tiempo.

Quiso hacerse su amiga y le contó lo del apodo, pero esquivó, tímida y silenciosa rehuyó su compañía. Además lo de plaga la hizo sonreírse por dentro, era el nombre que merecía, la foto exacta de ella en su escondite de libros y apuntes.

Le aumentaron varias veces el salario y recargaron sus responsabilidades, pero ella no sabía que eso se podía calificar como un éxito, que entendió se debía compartir con alguien, decírselo a otro que le comentara qué bien le va. Además, el trabajo la venía aburriendo desde hacía ya largo tiempo con sus rutinas, en que no había necesidad de emplear su inteligencia, menos exhibir sus conocimientos.

Alguien en la oficina comentó sobre esa modalidad de obtener títulos por madurez, ni corta ni perezosa se presentó a las pruebas de primaria, que pasó con rapidez y con notas excelentes. Nunca pensó que fuera tan fácil obtener esos cartones con sellos y firmas. Para los estudios secundarios, repasó sólo los problemas matemáticos de distancias, velocidades y trenes, qué temas tan idiotas para una persona que no va a trabajar en los ferrocarriles. Ya aprobada la secundaria, hizo las pruebas de admisión a la universidad, en las que sacó uno de los mejores porcentajes. Claro, le molestaba un poco mezclarse con aquella muchachada un tanto escandalosa, pues hablaban a gritos y sus carcajadas le dolían en el alma.

Muy pronto ganó fama de buena estudiante, lo que era asombroso a su edad y sobre todo porque trabajaba el día entero. Algunos compañeros le pidieron ayuda para sus tareas y para salir avante en los exámenes. Se negó rotundamente por lo que la calificaron de vieja egoísta.

Ni profesores, ni jefes, ni los muchachos, ni la gente que trabajaba en la oficina, ni siquiera doña Mercedes, se dieron cuenta de que se estaba muriendo de soledad y de tristeza porque cada vez se convence más que su vida ha sido un fracaso, pues su *inteligencia*,

conocimientos, tantas lecturas a persona alguna le son útiles y esa tarde cuando empezaba a oscurecer se encontró con un libro que la acusaba de rodearse con pensamientos tristes, cada vez más.

Conformarse es una triste y ajada realidad

Siempre he aplastado hormigas y cucarachas, a las primeras por invasoras y entrometidas, a las segundas porque les tengo un profundo asco, y ese hecho me ha llevado a pensar que algún día una fuerza gigantesca me aplastará a mí también, lo que me produce un miedo enorme. Sin embargo sigo con el hábito.

No soy una fracasada, he estudiado, tengo un oficio y económicamente carezco de angustias, pues necesito muy poco para vivir con comodidad.

Sin embargo el miedo de que alguien venga mis crímenes me llevó al ejercicio literario. He escrito novelas, cuentos, poesía, ensayo y hasta obras de teatro. Me gusta experimentar como forma de medir mis méritos, los que no me atrevo a confesar en público, porque en este país no se puede. Si alguien cita un triunfo, la desconfianza general revela la falta de credibilidad y menciona una lista de fracasos individuales y sociales.

Ahora me propongo escribir algo nuevo, que hasta donde sepa nadie lo ha intentado: un cuento sobre un cuento.

Empiezo el primero: la gente se ha hecho muchas preguntas, también ha fabricado múltiples imágenes y nuestro mundo se encuentra ya en un punto de saturación de estructuras hasta el nivel del absurdo. Pero todavía nadie se ha preguntado cómo logra trabajar y hacer algo esa persona enferma de cansancio, la que no puede más con sus cargas, ésa que es inconsciente de las ideas que se han formado a lo largo de la historia, aun cuando pesan sobre la persona con su fuerza y despotismo.

El segundo relato trata de eso y lo confieso con sinceridad. Así es en mucho un panfleto, o como dirían los mantenedores de esa cultura gravosa, insolente y cruel hasta el filo punzante de la élite, un libelo, un vulgar escrito lleno de defectos pero dispuesto a servir desde un ángulo casi difamatorio a la necesidad de aire más puro. El panfleto ha sido víctima de muchas injurias, su tono violento ha provocado insultos y denigración, siempre se tiende a la defensa por el palo y el golpe, y en lances de frases es aún más divertida la batalla, pues a la palabra se devuelve la palabrota, a la insinuación el reclamo, a la alusión el juicio rotundo, a la libertad del decir las flaquezas del redactor, y así hasta agotarse en la riña con el diccionario en la mano. Es más, puede ser que el escritor se vea enfrentado a un juicio de daños y perjuicios.

Sin embargo, el panfleto ha sido un género sincero de expresión, tan sincero como la pasión que lo motiva y el menester que le corre tenso de acusar, revelar y alentar la esperanza de lo mejor. Es una manera de confesar sospechas. Esa forma clara y abierta de apuntar, puede ser censurable por la vía anónima, no cuando frente a ella se expone con el cuerpo y el alma un nombre, cuando se escribe lo que se piensa sin el temor de redundar lo literario, que implica de por sí y ante sí el gesto más estéril del escritor en materia de recreaciones. Valga esta y otras oportunidades a lo largo de estos relatos, para manifestar concretamente pensamientos y divagaciones sin más ánimo que el de aporrear un poco la eternidad de los intentos.

Soy consciente de mi papel de relatora, por lo que debo extender lo menos posible las reflexiones, frente al hecho de que se busca la acción y no el discurso, se persigue el ejemplo y no la moraleja, dentro del signo rápido con que se viste la vida, hecha ahora y siempre de retazos de tiempo y de espacio.

Decía al principio que el tema roza con una pregunta, muy distinta a la materia de la hipocresía que anuncia el título del segundo relato, que algunos calificarán después como les venga en gana, sin

que por ello la relatora sienta menoscabo en el deseo de comunicarse, que es ante sí una señal del hambre incrustada en la pasión de vivir cerca de la luz con sus formas múltiples de palabras, sobre todo aquéllas dignas de ser transmitidas.

Hay tantas cosas dichas que las horas estarían ocupadas durante el camino de una y varias existencias para repetir las, quizás se necesite una generación entera para asimilar los pensamientos que contienen o dejen de contener las expresiones emitidas. Los testimonios de cada época son tan abundantes que el hombre requeriría cadenas de bibliotecas para guardar con un mediano interés lo escrito: libros, periódicos, revistas, programas, boletines, hojas, cuadernos, manuscritos, textos, memorias, informes, discos. Nada se da en este mundo sin que esté invadido por la relación escrita, que produce veracidad al suceso, es decir que la realidad necesita su puntualización, su enfoque, su análisis, su síntesis, su perspectiva, su ángulo, su llamada de atención, para lograr ser realidad. El comentario es la masa pegajosa que debe adherirse al hecho cotidiano, pues el suceso es en tanto se relata y la persona existe si alguien la reseña. Nuestro apego a la letra es un altar al archivo y al estante, nuestro interés humano está ligado a la resonancia de las voces y el crédito se suspende en tanto se da o se aspira la proyección de las trascendencias.

Quien ha visitado una biblioteca, pequeña o grande, ha sentido con horror la presencia del ser histórico, que difícilmente se puede comprender por el ser cotidiano. El cansancio de vivir que se deduce, cae perpendicular sobre la única armonía dada en el angosto tránsito de cada tiempo por medio de algo que ha sido y será el arma defensiva de cada quien: la hipocresía. Aquí se une la pregunta con el título y como el arma priva sobre el motivo, hay razón para justificar el nombre y la forma libelesca. Queda abierto el segundo relato, que algún día figurará en un libro y espero que no ocupe lugar en las bibliotecas y en las librerías, para contribuir a no asfixiar a las nuevas

personas que deben mirar el futuro sin la carga aguda de solemnizar lo antiguo por sólo la antigüedad que contiene.

Empiezo el segundo relato con el título “los hipócritas”, mientras desde los rincones un montón de cadáveres de hormigas y cucarachas descansan con apetito de venganza.

En el aeropuerto se respira ese aire de lo mecánico, gasolina, limpieza, ventanas, encierro, café, un cigarro entre las manos con miedo, un adiós breve que se eterniza en despedidas y recomendaciones, promesas de cartas, los zaguanes deshabitados y fríos, los servicios sanitarios con máquinas de secar los lavados, las tantas cosas que se miran sin mirarlas, las fotografías que presentan un país estético, detenido en el perfil de una nube, un alto parlante afónico y el vuelo número tal que convoca a la gente hacia las puertas.

El ingeniero Jiménez, alto y agudo como el dolor que lo persigue en su columna vertebral, enciende el cigarrillo del licenciado Aguilar mientras responde al economista Ibáñez que son las nueve y cinco y la salida a las nueve en punto. Aguilar palmorea por el camarero y al hacerlo da un vistazo de reconocimiento al salón. No encuentra conocidos y eso lo hace sentirse incómodo. Se ha acostumbrado a saludar y ser saludado, cuando no se entretiene en ese oficio cree que está perdiendo el tiempo y se frustra un poco, además que le preocupa el pasar desapercibido en un medio en que la relación es básica para salir adelante. Y ese salir adelante para él es estar en la palestra, con la coquetería propia de cualquier adolescente, sin noción alguna de su propio rumbo. Ante la cuenta que presenta el camarero, Ibáñez extiende la mano sin que los otros repliquen, pues los tres saben que el monto va a la cuenta de relaciones públicas. Ya levantados, con los maletines de cuero negro en la mano, avanzan por el salón a un paso rítmico, con esos movimientos de ejecutivos

en acción que están todavía en espera de que un coreógrafo los incorpore en un ballet sobre el éxito. Al bajar las escaleras, el licenciado Aguilar tiene oportunidad de saludar a doña Cecilia Angulo de Cedeño y lo hace con una gentileza estilizada de “cómo está usted, me alegro de saludarla”.

Ya el altoparlante anuncia por última vez la salida del vuelo y los tres en la baranda, con el silencio propio de lo ya hablado y resobado, atisban a los que descienden del avión haciendo los cálculos correspondientes del reconocimiento. Como la escala en el aeropuerto es parte del itinerario, el recorrido por las caras de los extranjeros no logra mucho éxito, son muchas las posibilidades y la mayoría de los hombres solos que caminan por la explanada aparenta el aplomo de los negocios, en que la imperturbabilidad es tan necesaria como el traje elegante, el decir concreto y la simpatía del acierto como sinónimo de una entrada sin tropiezos.

Ibañez dice que será más fácil localizarlos en la antesala, cuando se les avise a los señores Haynes, Glintz y Dortel que allí se les espera. Aguilar y Jiménez lamentan no tener una impresión previa de los rostros, pues se confiaron en la sagacidad del primer vistazo y querían adivinar de antemano algo de sus caracteres. “Son gente seria, eso ya lo sabemos, pero no tenemos idea alguna de su personalidad y de la forma en que es más conveniente entrarles”. “Ahora lo importante es causarles una buena impresión, aunque ya la debían tener por los informes que les hemos presentado”. Al decir presentado, Ibañez siente que ha condescendido en su bondad más allá de los términos convencionales, ya que el trabajo lo realizó él solito, como siempre, porque como lo decía con claridad su mujer “esos tipos se han acostumbrado a tratarte como un burro de carga”. Claro, tenían sus pretextos aparentemente válidos, pues Aguilar decía que a él lo legal nada le importaba porque lo legal se podía acomodar a los números una vez hechos, a los planos una vez terminados, a los deseos una vez expresados, y Jiménez alegaba que

a él le correspondía el estudio de factibilidad de los proyectos, trabajo intangible que medía las posibilidades para concretar que todas eran posibles dentro de la dimensión amplia de un dibujo que podía desdibujarse y un cálculo que era tanto un juego de supuestos como un entretenimiento.

Los tres se sintieron molestos al ver que la antesala no era un lugar solitario como lo habían deseado, y ya en ella se encontraban varias personas, dentro de las cuales doña Cecilia Angulo de Cedeño sobresalía con su pelo rojizo y su semblante de anfitriona, bien dispuesta a tomar el sitio como si fuera propio, pues había dado instrucciones para acomodar los sillones y reservar los campos para los miembros numerosos de algo que parecía una familia por los rasgos comunes, una nariz de anchas fosas y unos ojos saltones, que se fue apoderando del espacio bajo la voz de mando de la señora Cedeño de Angulo con matices variados ya que entremezclaba las órdenes de acomodo con “hay que tranquilizarse”, “éstas son cosas por las que todos pasamos”, “ahora calma y buena cara”.

Los tres se colocan muy pasivos en la puerta y Aguilar siente la comezón de la curiosidad ante el cuadro nervioso de aquellas diez o doce personas, que no le son del todo desconocidas y en alguna parte las había visto. Sin otro remedio que adivinar a través de lo que oye, realizado ya el saludo de Cecilia y consciente de que no podía tener más pretexto para conectarse con ella, porque su amistad no le daba el crédito de amigo sino de conocido por costumbre cuyo origen no determinaba con exactitud, aun cuando había tratado a sus padres, había oído hablar de sus abuelos y de su respetable marido, muerto muy joven en un accidente impreciso en su memoria. Aguilar creyó prudente esconder un poco su curiosidad y tratar de mezclarse en la conversación de Ibáñez y Jiménez sobre el programa de atención a Haynes, Glintz y Dortel ya tantas veces detallado. Estaban los tres en el punto de la comida que planeaban dar el próximo jueves en el club campestre, cuando los alteró un llanto ahogado que provenía del

fondo donde los familiares y la señora Angulo de Cedeño formaron una rueda cerrada y nerviosa.

“Algo pasa”, comenta Jiménez y como si no pudiera evadirse a las conclusiones de su lógica siempre en funcionamiento, agregó: “algún enfermo o quizás...”. Aguilar no espera la última conclusión, ya se había dado por aludido y se adelanta con paso firme hacia el grupo de gente. “Doña Cecilia, si puedo ayudarla”. Ella se vuelve con los ojos enrojecidos y con la naturalidad que da en sí un dolor sincero dijo: “Gracias, es usted muy amable. Nada puede hacer”. Gira de nuevo su rostro y Aguilar siente que ha quedado solo y excluido. Con ese desconcierto que dejan las iniciativas malogradas, regresa donde sus compañeros: “Está muy apenada esa gente. Una tragedia...”. Y no tiene necesidad de continuar porque por el pasillo se adelantan con paso corto y sonoro los que sin duda son Haynes, Glintz y Dortel. Las facciones encuentran con la prontitud necesaria las sonrisas acogedoras del reconocimiento.

Ya planteada la primera parte del segundo cuento, me preparo un café y me siento un rato a descansar. ¡Cómo cuesta elaborar un cuento! Es menester trasladarse a otro ambiente, a otro paisaje y penetrar a tanto personaje, que siempre tiene un vínculo imaginario con alguien real.

He pillado a un montón de hormigas en el azucarero. Ellas y el dulce se van por el hueco de la pila, para que el agua se encargue de su muerte.

No soy una persona sucia ni neurótica del aseo, pero definitivamente atraigo a las hormigas y a las cucarachas.

Ahora sigo con el medio, para ver cómo atisbo el final.

“No me parece, no”. Aquella expresión tantas veces repetida se fue haciendo habitual y creó, dentro de esos sorprendentes enlaces que tiene la relación humana, una elocuente afinidad. Es muy difícil determinar el motivo que establece la simpatía, y es más misterioso aun el arraigo que puede encontrar la protección, sobre todo cuando se piensa lo peor y se ven los horizontes cerrados y negros, con un abundante muestrario de peligros. “Si por ahí vas, pues por ahí puede aparecer lo incierto”. Y eso, lo incierto, bastaba para detener la marcha porque una viuda joven es una mujer con problemas que no deben complicar las apariencias, menos aun arriesgar en algo su propia seguridad. Y ella que parecía quererlo todo, que soñaba y sentía deseos de realizarse en alguna forma, se llenaba de agradecimientos cada vez que se le decía: “No me parece, no”. Era como si el freno de aquella voz siniestra, negativa y pesimista, representara el pretexto que libra el futuro con un talismán infalible de buena suerte, o por lo menos sirviera para afirmar la fuerza misma de la inercia que siempre balancea las imágenes hacia la oscuridad de un sueño olvidado.

Además, el atreverse a desafirmar las cosas afirmadas tiene una apariencia relevante de sinceridad pues lo que suma entusiasmos conlleva en muchas ocasiones un dejo de alcahueterías que no se atreve a desviar con valor una ruta, aunque se presienta más allá el desastre de la ilusión ajada. En cambio, lo que resta posibilidades, lo que señala peligros, barre el polvo tendido por la ingenuidad y deja las raíces escuálidas de escombros sin cimientos, debe condimentarse con un coraje que se atreve a no ser complaciente.

Puede ser esto o puede ser lo otro, lo que no deja de ser cierto es que el señalamiento repetido de “no me parece, no”, fue creciendo la amistad hasta hacerse costumbre de visitas, de llamadas telefónicas, de consultas constantes, de apoyos incondicionales, con el ritmo de una dependencia absoluta. Ella, Cecilia Angulo de Cedeño, viuda, de no escasos recursos físicos y económicos, volcó sus afectos filiales

hacia su vecina, doña María Artavia de Solano, señora un poco malhumorada por el agobio de los años, de los quebrantos de salud y de aquella descendencia abundante entre la que se contaban sus siete hijos directos y tres hijastros de su primer matrimonio, además de nietos y sobrinos que pululaban en su angosta e incómoda casa, donde siempre había un lugar para el necesitado y un poco de atención al que aceptara su mano rígida de matrona acostumbrada a embestir los malos tiempos, sin sonrisa en la cara, que eso sobra.

A través de aquella amistad, propiciada también por la corta distancia entre una casa y la otra, Cecilia fue contando sin reservas las incidencias de su acontecer tranquilo, y doña María, más llena de atribulaciones, apenas si goteaba en forma de experiencia ejemplar alguno de sus múltiples problemas. Pero la verdad es que la más joven no medía esa desproporción en la entrega, habituada como estaba al laconismo de su propia familia y a la reserva con que trataban sus asuntos. Quizás apurada por su deseo de confiar en alguien, nunca meditó en el desbalance entre lo que daba y recibía, pues de seguro tenía en su mente esa romántica idea de que la entrega obliga y el hecho de darse es por sí mismo digno de consideraciones. O tal vez había pensado en la graciosa concesión de las distancias y en el acto evidente de que en este caso, era ella quien honraba y en consecuencia merecía la mayor fidelidad y estimación. No en vano las diferencias estaban a la vista: ella dueña de un cómodo destino, que doña María se empeñaba que no arriesgara en lo más mínimo, por su nombre, su no despreciable fortuna y el prestigio de que gozaba en la sociedad en que se movía, por cierto bien diferente al nivel en que la señora de Solano podía hacer sus apariciones si algún día le daba por alternar con otras personas ajenas al ámbito familiar.

Luego, aquellas conversaciones largas, de casi todas las tardes, que empezaban con el "verá usted" y llegaban hasta "era de esperarse, progreso no es tal progreso, vamos envileciéndonos cada vez más". La viuda de Solano engrosaba de la maldad cualquier

reflejo de crecimiento y expansión, que para otros era un símbolo sin importancia de la novedad que trae la evolución. Doña María se enfocó tan sólo en la firmeza de creer en Dios todopoderoso, imagen del padre bueno y pródigo que nunca tuvo, gran señor que sabía entrever las intenciones y en especial podía medir con palmadas de aliento sacrificios y oraciones. Al vaivén de su mecedora, frente a la ventana que le traía ruidos tan ajenos a su intimidad consumida en lo bueno, que era agarrarse a las providencias cotidianas con la perseverancia de los comejenes, desgranaba rosarios, avemarías y padrenuestros, oraciones que entremezclaba con monólogos rindecuentas a Dios. Y a veces, casi sin querer, hablaba en los silencios rechinantes de su mecedora, mientras los demás decían “la abuela dormita”, “mamá está cabeceando”, “la pobre tía se cansó de rezar”, “doña Cecilia, tan expuesta a la vida tan contada, la noqueó”.

En el fondo era una comparación tácita, pues como ella había tenido un esposo y lo había perdido, dentro de diferencias sutiles acentuadas por el así dispone las cosas el Señor para cada cristiano. Y la comparación, con distancias de años y de circunstancias, llevaba a un reconocimiento de superioridades en el campo de la virtud y de las dotes morales, en callada anotación como prueba de humildad, que nunca se hubiera atrevido doña María a hacer evidente bajo el amparo de cierta creencia de que esos asuntos por sí solos se empollaban en la superficie. Casi sin darse cuenta, los afectos se anudaron y extrañaba la viuda anciana a la viuda joven cuando no venía a confiarle sus cotidianas inquietudes. Doña Cecilia, con más agilidad y destreza, compartió por la misma inercia de su visita diaria los problemas de la abundante familia Solano, llegó a relacionarse íntimamente con hijos, nietos y sobrinos, hasta conocer casi en calidad de persona acogida como pariente las incidencias de grandes y menores. Se enorgullecía de sus triunfos, esfuerzos y acomodos, era el único personaje extraño que lustraba fechas y reuniones para celebrar actos íntimos de los Solano. En algunas ocasiones también tuvo que atribularse con sus penas, llena

de admiración por el carácter estoico de doña María, dispuesto de antemano a probar su fortaleza ante los contratiempos. Una prueba más andaba cerca.

Marta, la menor de las hijas, empezó a padecer de mareos y malestares, que sin causa aparente atribuyeron en primera instancia al nerviosismo natural que debilitaba hasta sus quejas. Como su madre y hermanos, tenía el sello común de los ojos y nariz venido sin duda de los Artavia, pero en ella esos rasgos y por la delgadez transparente de su cara se veían indefinidamente feos, grotescos y malhechos, sin embargo daban la impresión por su suavidad, que un gesto, un ademán, un leve reto los podría corregir y embellecer. Las pastillas y los remedios caseros, en que doña María era experta, no vencieron el malestar que más bien recrudeció el tiempo en forma alarmante, pues vinieron náuseas continuas, pérdidas de peso y de brillo de sus ojos, la piel se fue amarillando. Cecilia presentía la gravedad de la enferma, sin atreverse a insistir ante doña María quien por aquellas semanas, mirando con inquietud, decía sin lugar a réplica que eran cosas propias de mujer a esa edad. Marta había entrado a los 43 y el diagnóstico de una menopausia no era muy apropiado, según los síntomas que recordaban las hermanas mayores y Cecilia apuntaba en su memoria con interés "Mareos y vómitos pueden ser, pero la pérdida de peso y ese color, además yo la tuve casi a los 50 y Adela a los 53". Cuando doña María propuso esperar los resultados de su última novena, ella estuvo a punto de desahogar sus temores, pero le parecieron tan malos augurios que no se atrevió. Casi se acostumbró a ver peor y peor a la pobrecita Marta, en aquel plan tácito que todos compartían en silencio para no perturbar a doña María, aun su propio esposo, cuando fueron sorprendidos por la decisión de la vieja señora de que Marta se debía trasladar al mejor centro médico de Estados Unidos, pues ya el asunto no le gustaba y no era cosa de confiarse en los chambones médicos del país. Es digno de anotarse que doña María cobraba la muerte de su marido, viejo y achacoso desde niño, a la impericia de quienes lo atendieron

ya cuando era un organismo minado a los ochenta y tantos y sólo podían aliviarlo con un irse tranquilo mientras calculaban que los honorarios a cobrar no merecían muchos desvelos. El esposo de doña Marta puso el grito en el cielo, en vista de que su sueldo de funcionario público no le permitía esos gastos. Doña María, dicho ya su consejo, despreció cualquier otra fórmula, aun la consulta de un especialista extranjero radicado en el país, porque su hija merecía lo mejor y lo más seguro, costara lo que costara. Fue entonces cuando Cecilia se enfrentó a la primera responsabilidad de aquella relación y aceptó con cierto grado de conmoción y sin más alternativa cooperar, pues nadie la tenía en intimidades con gente tan pobre. Entonces ofreció un préstamo de dos mil dólares, sin intereses, a largo plazo, garantizado con una hipoteca sobre la incómoda casa de doña María, formalizada por su propio abogado, quien le advirtió claramente que con otro negocio igual arriesgaría la rentabilidad de sus bienes con grave perjuicio para su hijo. Pensó ella que Luciano no merecía ese riesgo cuando apenas iniciaba sus estudios universitarios, después de rematar los secundarios con no pocas zozobras y las calificaciones no apuntaban sorpresas para aquel modo indolente de afirmarse siempre en lo trivial. Aunque se consolaba diciendo en voz alta que las buenas acciones por algún lugar se reproducen, era más fuerte la voz baja que señalaba a la bondad una traición en su perjuicio sin más recompensa que las gracias lacónicas de doña María, a quien por ese tiempo le dio por hablar en forma no muy convincente de los deberes que tienen los ricos con los pobres, así como las obligaciones imperativas de la caridad abierta. Le empezó a resultar dudoso el "no me parece, no". El bloque de aquella sinceridad valiente y compacta se perforó en un punto por donde la luz filtró uno a uno los defectos de doña María, hasta que la aburrió el descubrimiento, la casa, sus habitantes y el trajín del viaje de Marta, quien aparentemente se había recuperado con la ilusión de ver ciudades grandes y hermosas. Pero, la relación estaba hecha y

anudada y debía tener el cuidado de alejarse con signos de cortesía y educación.

Ahora pienso en la continuación como si fuera un camino en que aparecen caras asombradas. Es tan cierta esa forma de finalizar algunos relatos infantiles: ahora me meto en un hueco y me salgo por otro. Cuando se termina una historia, se empieza una nueva. No hay descanso en este hacer tarimas, con escenografías improvisadas y montar las escenas para los personajes que accionan los sucesos de sorpresa en sorpresa como si fueran magos.

Estoy sola, muy concentrada, he revisado las páginas escritas y no corregí nada. Felizmente no hubo llamadas telefónicas a las que soy alérgica. Cuatro cucarachas se me escaparon y las tres restantes pasaron a mejor vida. ¿No puedo creer que tienen un cielo a la par de las hormigas? Escribo una carta y siento que algo me mira por detrás, lo que sobresalta y perturba.

Sigo con el otro relato para ver si logro ponerlo interesante.

Se conocieron en la huelga del barrio. Nadie se preocupó por presentarlo porque el mejor modo de vivir y pasarlo bien, era tomar las iniciativas necesarias para estar en los sitios y con la gente sin sensación de extrañeza o distancia. Así, la naturalidad era la llave mágica para estar aquí o allá, conocer a tal o cual persona en una tácita aceptación que ni siquiera requería hacer mención de nombres o diferencia de trato.

Tuto Cedeño lo había enseñado a proceder de esa manera. Al principio le resultó difícil porque no estaba acostumbrado y entonces rehusaba entrar en una fiesta pues no lo habían invitado ni conocía a los dueños de la casa. "Eso no tiene importancia" decía Tuto con

despreocupación y al decirlo daba la sensación de que respiraba un aire de su exclusiva propiedad. “En todas partes nos necesitan para que cortejemos a las muchachas, somos los bienvenidos, aprovechemos las circunstancias”. Y aquellas palabras se hicieron ciertas en cuanto sitio visitaron. Quizás las formas de acogida de padres, abuelos y chaperones eran más efusivas con los jóvenes que tenían un apellido que reconocían por alguna relación de viejos o actuales conocidos, pero los muchachos con apellidos menos sonoros también eran bien recibidos y a veces se interesaban en los estudios que realizaban en la universidad. “Estos jóvenes de hoy, qué forma de crecer y de estudiar”.

Se acostumbró a dejarse llevar por Tuto y encontró que junto a él estaba mejor que en su casa, seguramente por aquella sensación de libertad y de ser alguien, un tipo que podía opinar. En su casa se aburría, porque siempre se hablaba del porvenir, del estudio, del esfuerzo, de la seriedad de la vida. Con mucho empeño, bañado de pretextos y mentiras, logró salvarse de la visita diaria a la casa de la abuela, que era para él un verdadero suplicio. Prefería confesar sus pecados al sacerdote que rendir cuentas sobre sus estudios, amigos, pensamientos, planes, novias, frente a aquellos ojos curiosos y fríos de la abuela, y detestaba oír sus augurios de que la bondad, el trabajo, la honradez, el empeño y la nobleza eran las únicas armas de los pobres. Ese constante recordatorio de la pobreza y humildad, lo irritaba en una forma que repercutía en su propio cuerpo. Lo único agradable en aquella casa era el encuentro con doña Cecilia, pero ella nunca le prestó la más mínima atención, ni siquiera cuando supo que Tuto, su hijo, lo había escogido como amigo y que juntos estudiaban, paseaban, iban a fiestas. La había oído decir “este muchacho tiene cada cosa que ya no me extraña nada de él”. También se había preguntado si su amistad le molestaba, esto resultaba una pregunta rara pues era la persona más allegada a la abuela. Sin embargo, se justificaba en su mirada indiferente, casi de desprecio, pues nunca se interesó en establecer una conversación o averiguar por su medio

alguna cosa íntima de su hijo. Quizás prefería ignorar sus andanzas, desconocer sus aventuras e inquietudes. Tuto afirmaba que su madre tenía la convicción de que aun era un niño y así lo trataba. "Esto es lo más cómodo para las mujeres, si se dan cuenta de que los hijos están creciendo y ya son hombres, se sienten muy mal porque es reconocer que se han hecho viejas".

Pues con Tuto llegó un día inolvidable a la huelga del barrio más distinguido de la ciudad, con casas modernas, amplios jardines y patios de casi media manzana, protegidos por una tapia cerrada y alta que sólo permitía ver ramos abiertos, llenos de colorido, de enredaderas mejor cuidadas que los niños pobres del campo o de las afueras de la capital. La conoció con una sola mirada: aquel pelo suave, dulce, ojos azules, sonrisa como una baranda de luz sobre un rostro tan fino que parecía hecho de aromas, intocable como la imagen perfecta, realizada para otras personas que no podían proceder de las cosas cotidianas y duras. En ése, el primer encuentro, sólo le chocó que ella hablara como las otras, que se voseara con los muchachos, admitiera sus bromas y las contestara con agilidad y picardía. Se sintió mal en el grupo, hubiera preferido verla pasar de lejos, en una procesión misteriosa, a la que sólo pudieran acercarse los elegidos, y él, el pobre y humilde Roberto Gutiérrez Solano, desde un sitio distante con la reverencia de un fiel devoto palpara el privilegio de contemplarla. Pero ese malestar desapareció cuando ella se interesó por un breve instante en él y le preguntó si había estado en el baile, ese baile del que se comentaba el éxito de la orquesta extranjera y la maravillosa originalidad de los disfraces. Sin esperar la respuesta, inició una explicación pormenorizada de la comparsa que presidió con Alex. Roberto se perdió en los detalles que daba con una voz segura de la atención que le prestaban. El hombre vegetal, la mujer vegetal, el grupo vegetal obtuvo el premio, no fue fantástico, y por los detalles se mezclaban Alex con sus chistes, su acierto, aquella originalidad digna de mencionarse una y otra vez, porque Alex, si Alex, el atrevido Alex, el inteligente Alex. Y cuando preguntó qué Alex, las

miradas lo atravesaron con signos de alarma. Cómo no conocerlo, era increíble que una persona como él no supiera de quién se trataba, de dónde venía. Se vio acorralado. Tuto acudió oportunamente a sacarlo del apuro, pues dijo con naturalidad: “Alex Jiménez, el del carro sport amarillo, estuvimos con él un día de éstos, este Roberto vive en la luna”.

Entonces ella se tranquilizó, pues Alex había recobrado su lugar de preferencia, y él pensó que fuera quien fuera Alex le gustaría ocupar su sitio. Cuando sintió que necesitaba saber su nombre, una muchacha la llamó: Marlene, ¿te apuesto a qué no sabes qué le pasó a Yoli en el paseo?

Más tarde, le preguntó a Tuto por Marlene, con los disimulos propios del que no quiere confiarse por temor a la burla. En ese momento daban una vuelta por la casa de Elenita, a quien Tuto cortejaba a cierta distancia, pues sus padres tenían fama de no dejarla a sol ni sombra y entonces era muy aburrido. “No se puede negar que esa muchacha, Marlene, es bonita, aunque es un poco sosa”. “Si, Marlene no está mal, es la mejor de ese grupo, lo malo es que ella lo sabe y se cree más de la cuenta. A mí no me simpatiza, debe ser a causa de Alex”. No se atrevió a preguntar más, porque se imaginó que Marlene y Alex eran novios y para él no había otro recurso que la contemplación callada y distante. Sin embargo, algo más fuerte que su propia conciencia de no ser para ella, pues presentía la imposibilidad por su belleza, el barrio en que vivía, sus maneras naturales de otra clase social, se le hizo una necesidad ver a Marlene, saber todas sus cosas, indagar su forma de vivir, introducirse en su vida. Sin confiar abiertamente en Tuto, le insinuaba por todos los medios que debían volver a aquel barrio y hasta llegó a repugnarle su costumbre de escoger a otras muchachas más feas, de menor categoría social y de casas pobres. Cuando le dijo que tenía intenciones de cortejar a una de las vecinas de Roberto, se sintió indignado y herido. El que podía ser el único introductor en aquel

barrio, se empeñó en meterse dentro de su mundo, cuando él aspiraba ir hacia el de Tuto. Lo atribuyó a su mala suerte y se aventuró a pasear solo por las calles cercanas a las que suponía debían rodear la casa de Marlene. Sin saber su apellido ni antecedente alguno, la búsqueda era ciega, torpe, inútil, y no tenía medio para acercarse en otra forma. Casi desesperado, impaciente en todas partes, con una irritación que le comía la tranquilidad y le minaba su capacidad de estar con los demás, empezó a detestar a sus padres, a su madre enferma y quejosa, aquella falta de dinero, de comodidad, el mundo hostil y limitado en que le tocó nacer y crecer.

Un día, cuando sólo aspiraba a tener oportunidad de verla, tropezó con ella por aquellas calles que se habían hecho su rutina de paseo por las tardes. Casi no la reconocía porque en la ausencia se le intensificó el azul expresivo de sus ojos, perfeccionado el óvalo dulce de su rostro, y hecho más bello cada rasgo de sus facciones. Marlene le preguntó si iba al grupo, que esa tarde se reuniría en la casa de Yoli, y él contestó que la podía acompañar. Aún recuerda cómo estrechó su cerebro para buscar un tema de interés para ella, algo que le permitiera centrar su atención y ganar un poco de simpatía. Dijo lo que le palpitaba con odio: "¿Cómo va Alex?". "Bien, ése se las sabe arreglar para que siempre le vaya bien, papá asegura que no saldrá adelante mientras la gente le ría sus gracias, y por supuesto es el primero que lo hace". Aquel calificativo de hermano, rompió las cadenas que lo torturaron día tras día. "Pero es su hermano, tu hermano, gracias a Dios", y se reía solo, empezó a silbar y dar vueltas a su alrededor como un bailarín sin pareja. No le importó lo que ella pudiera pensar, ni menos que adivinara sus tan escondidos sentimientos. Marlene se sonrió y algo de alegría se transparentó en su semblante. Cuando se tranquilizó, rojo hasta las orejas, no sabía dónde meterse. Aquella generosidad que había adivinado en Marlene, se le demostró en la ternura que tuvo al decirle que le gustaría mucho verlo con más frecuencia en el barrio. Y él, como si regresara de hondas profundidades sin saber

acomodarse a la luz de la tarde, seguía repitiendo igual que si tuviera que aprender de memoria un trozo: "Marlene Jiménez es hermana de Alex Jiménez". Hasta que ella le propuso no ir esa tarde a la reunión del grupo, pues estaba muy excitado y no todos podrían comprender la alegría que le causó saber que eran hermanos. Así, ella misma tomó la iniciativa de caminar un rato por aquellas calles, conocerse mejor y luego buscar un refresco. El, mareado y casi borracho, envuelto en el giro de las sorpresas sin tener noción de dónde y cómo podía sostenerse, la cogió de la mano y la hizo correr hasta que ambos perdieran el aliento. Jadeante, pudo exclamar: "¡Hoy es el día más lindo de mi vida!". Una garúa les pringó el rostro. Entonces ella agregó que el cielo quería colaborar con unas pequeñas gotas. Arrebatados los dos por un encanto que no sabían de dónde había venido, vieron por primera vez el césped que perfilaba las aceras, el horizonte de árboles azules, los derrames de color que contenían las flores, el gesto confiado de los niños que trabajaban incesantes en los juegos, la honda armonía que los rodeaba, y encontraron todo hermoso, noble, sincero. Sin saber con certeza si habían regresado a una edad de descubrimientos o si más altos y valientes que los otros estaban entrando en ese mañana que tanto ambos aisladamente habían esperado, él recogió una flor silvestre y ella la tomó en silencio abriendo con una caricia suave sus pétalos. Hinchados de sensaciones que coincidían dentro de miradas y contactos, no hubo necesidad de palabras y sí de estar juntos para siempre.

Los nuevos encuentros siguieron como si se hubieran metido dentro de un laberinto de afinidades, al principio con treguas de días señalados por ese temor que todos tenemos de hacer más profundas las emociones. Luego fueron encuentros diarios y aun así no calmaban la necesidad de verse y sentirse uno al lado del otro, empezó entonces la entrega a través de confesiones interminables que repetían una y otra vez sentimientos, inquietudes, ideales, pasajes de infancia y adolescencia. Roberto comprendió que el tiempo era una especie de reloj desequilibrado que corría cuando

debía detenerse y se detenía cuando debía correr. Marlene inició el aprecio de la soledad y del silencio, pues sólo así volvía la sensación de revivir aquellos momentos cortos y tan hondos. Tácitamente, sin premeditación de ninguna clase, la necesidad de sentirse íntimos les hizo rehuir grupos y otras miradas. Caminaban por las mismas calles, con una rapidez dictada para evitar a conocidos, y cuando ya estaban lejos de cualquier posibilidad de reconocimiento, el paso se hacía lento y la conversación se tupía de intimidades. Se contaron cosas que no sabían de ellos mismos, que conscientemente no podían haber vaciado en diarios personales o en sesiones de psicoanálisis, menos en cualquier tipo de confesión forzada, y ahora fluían entre los dos como un deseo interminable de compartir anécdotas, criterios, sucesos, sueños, ideas, todo en un lenguaje que rehuía un pcco el enfrentamiento a las definiciones reales, pues Roberto no relataba aquel soportar constante la trivialidad de su hogar, en el que no veía más que un esfuerzo cotidiano y gastado de luchar por el mantenimiento de una situación digna, infernalmente limitada, detrás de la que se escondía la esperanza de una recompensa imprecisa pero real. Era como sufrir un largo tiempo con gesto resignado y economizar un poco del esfuerzo para arañar un hueco en el vacío por donde entraría, la cosa nueva y distinta, el pago de tanto trabajo y sacrificio. Por ese hueco él sentía que se asomaba su cara con un título y la obligación de ayudar a su familia buena, humilde, trabajadora, pero sumergida en la trampa de aquella recompensa que esperaba. En sus historias, él citaba a su padre como un trabajador ejemplar, a su madre enferma y paciente, dispuesta a sacrificarse por todos, a sus hermanos conscientes de los estudios que realizan para mejorar algún día. Dibujaba su cuadro familiar como si estuviera fotografiando a un grupo de elementos en vías de superación, llenos de fe y de dignidad. A través de sus palabras, veía que en los ojos de ella se reflejaba una casa pequeña, blanca, cálida, donde su madre bordaba mientras el padre relata los incidentes de la oficina, y los hermanos rodean la mesa del comedor con libros y

cuadernos. A veces también citó a la abuela y por los ojos de Marlene apareció como una noble anciana, al mando de la estampa familiar de su prole, con un ademán de bendiciones sobre las cabezas grandes y pequeñas que le rendían la pleitesía del origen y el reconocimiento que merecía su enérgica orientación. Luego se asustaba de aquellos cuadros y las sutiles diferencias que olvidaba anotar, tal como la bulla de su casa pequeña, que sin el doble protector de los tabiques era siempre un ruido largo y confuso de voces, de altos radios, de gritos, en que se mezclaban incidencias del vecindario y de la calle, la molestia irritante que daba el hecho de compartir el cuarto con dos hermanos, desordenados y sin escrúpulos para apoderarse de sus pequeñas propiedades, el lapicero, una camisa, sus apuntes, los libros de consulta, y aquellas miradas y comentarios groseros, impertinentes y vulgares de sus tres hermanas, que no podía resistir. También tenía miedo que lo viera a través de aquellos rostros que llevaban su misma nariz y sus mismos ojos, y lo encontrara fragmentado, impersonal, imbuido de un patrón como la rama de un árbol a la que ha llegado en pleno verano el escozor de las señales áridas y viejas del tronco. Después, omitía ciertos rasgos de su padre, quien no era tan laborioso y callado como lo pintaba, pues bien que se desquitaba del yugo en los hombros con un recuento pormenorizado de sus sacrificios, de sus sinsabores, de su trabajo sin tregua y sin reconocimiento. Y la madre no era tan lánguida como la resumían sus palabras, y sí más bien el espectáculo triste y cruel de la persona que desde siempre ha planeado su enfermedad y su muerte y empieza a desempeñar su papel con el recordatorio de la orfandad cuando él mismo ignoraba lo que significaba, y ahora cuando la pérdida de la salud predecía el desenlace tantas veces anunciado por ella, volvía a tejer la tragedia con un gesto lacónico y elocuente de "pobres ustedes porque los dejo y ya nunca más tendrán madre, quedarán solos, me duele dejarlos y me dan lástima".

Roberto no podría concebir la más mínima mentira en los relatos de Marlene, con su vida plena, cómoda, desahogada. Pero ella

también era aficionada a mejorar la realidad en sus historias. Por una parte, cierto y evidente era que su padre, el ingeniero Alejandro Jiménez, se caracterizaba por su inteligencia, ese modo fácil de ver la vida y lograr éxito en los asuntos que atendía, por cierto muchos. Sin embargo, había algo intraducible que no le gustaba de él, quizás esa fórmula igual para todo, que a veces resultaba dura, fría y superficial ante problemas profundos y complejos, como era el caso del tío Andrés, quien no encontraba razón de ser en aquel apego a la comodidad y a lo vistoso. Prefería no tener tanto y confortar en otros valores una vida como la suya, sin muchos triunfos y con ratos de abundantes tribulaciones. Por otra parte, su madre, hermosa, inteligente y buena, se conformaba con ser un sonriente sí, mientras las cosas anduvieran al vaivén de sus deseos, pero cuando algo la contrariaba era de temer aquella furia incontenida con acusaciones a su padre de amantes y orgías escondidas como epílogo de las largas reuniones o en los trámites y celebraciones de negocios, que por razones muy comprensibles eran siempre improvisadas y para hombres solos. Y los desahogos de tales furias afectaban a la familia, pues para cada uno había un reproche violento. A ella le dedicaba los señalamientos más crueles sobre su desgarbo, aquella falta de gusto, la carencia de ademanes adecuados y esas facciones sin expresión ni brillo. Otras veces aludía a su pereza, al desorden de su cuarto y su falta de feminidad, sin que ella pudiera precisar en que consistía ese defecto, pues en ocasiones la oyó opinar que zutana con ese deseo de atraer a los hombres fallaba en su cacería por exceso de feminidad, y otras decía que ya la virtud pasó de moda, no atrae, porque ahora se requiere usar con destreza el maquillaje, vestirse muy bien y saber atender a los invitados. Alex también sufría el ataque de sus rabias, sin hacer mucho caso de ellas, pues sabía que con la misma fuerza que habían llegado se irían. El contaba cómodamente con su preferencia y eso aliviaba de antemano cualquier tropiezo con su carácter, además tenía una habilidad especial para desviar sus furias contra otro miembro de la familia, sin importarle mucho heredarlas a

su propio padre o a Marlene con alguna observación que enfocara la atención de ella. Ese Alex se las traía y Marlene, admirándolo, detestaba su abundancia de virtudes tanto como envidiaba la aceptación incondicional que lograba de los familiares, amigos y conocidos. Su buena figura de atleta fuerte, voluntaria y conscientemente débil, sus rasgos varoniles recortados con gracia femenina, sumados a su innata simpatía que siempre abría un punto de comunicación con los demás sin esfuerzo alguno, como si fuera lo más natural del mundo entrar en relaciones con diferentes tipos de personas, hacían de Alex el hombre del momento en el lugar que estuviera. Marlene, al reconocer ésas y otras cualidades, enfatizarlas y subrayarlas, aliviaba la envidia que sentía por el brillo de su hermano, aunque en el fondo del aprecio a sí misma apuntaba con desvelada memoria cada una de las veces que la oscurecía y relegaba a un segundo plano. Había confiado algo de esto a Roberto, pero en una forma de reconocimiento a los méritos de Alex, que callaron su fondo de indiferencia hacia la humanidad, incluso a sus padres y a ella su hermana, pues su soberano egoísmo le impedía reconocer derechos a otros seres. Tampoco había confiado a Roberto que por bromas y ciertas referencias cada vez más puntiagudas, sus padres propiciaban la simpatía de ella por José Aguilar, el hijo del licenciado Aguilar, socio de su padre y quien en un tono paternal y concesivo le decía “nuerita” con aquella voz pegajosa que representaba para ella un dictado enumerativo de cosas duras y crueles que no quería descubrir. Y el joven José, primo de sus primos, conocido desde la infancia, estaba resumido en imágenes que no podía olvidar y no lo dejaban ser diferente a aquellos recuerdos en que aparecía lloroso, cobarde, egoísta, con la amenaza de acusar y el recurso de defenderse por los medios más bajos. Había sido un chiquillo despreciable, refugiado en los mimos de su madre tonta que pretendía calmar sus lloriqueos y rabietas con el título de “mi príncipe”, debilucho cuando la debilidad era la defensa, cruel y sin escrúpulos cuando tenía oportunidad de alzarse sobre los demás.

Recordaba con una memoria que no admitía olvidos ni cambios, al José que rehusaba jugar con los niños de su edad para molestar a sus primas y a ella cuando visitaba su casa, y entonces les robaba las muñecas para desnudarlas y marcarles signos de sexo que se convertían en mortificaciones de heridas a sus precoces juegos de médico. José no se calmaba con alterar sus juguetes y juegos, también las apodaba, las remedaba, las hacía perseguirlo con intenciones violentas, para toparse que cuando estaba acosado acudía con presteza al regazo de la madre, donde queda inviolable de cualquier golpe o acusación porque “el pobre Josecito siempre víctima de los demás, porque no lo comprenden ni lo quieren”. Ahora, José tenía barba y Marlene lo seguía viendo en el cambio de dientes, y no podía tragar sus palabras corridas, sus gestos de buena educación, su reclamo de hombría, sus excelentes notas y su intachable corrección. Sentía que no debe mortificar a Roberto con menciones de las invitaciones que le hace José, las llamadas telefónicas y las visitas a su casa donde acababa conversando con su madre, porque ella sabía librarse de su presencia molesta con el pretexto de tareas, cansancio, dolores de cabeza y labores siempre incompletas que debía finalizar con urgencia. Además, estaba su obligación de pensar en las cosas de Roberto dentro de esa seguridad que ha encontrado en él y nadie en el mundo le había sabido dar.

Cuando Alex denunció a sus padres aquella relación de noviazgo, con quien llamó un cualquiera, un advenedizo, pobre, feo, de familia desconocida, con rápidas diligencias la enviaron a Suiza. Roberto salió de la escena con un dolor que hasta hoy le dura.

Después de escribir esta historia de amor, en que eliminé lo cursi para centrarme en la embriaguez que envuelve la relación y el descubrimiento del otro, con un final triste que puede cambiar en el futuro, porque no se agota con facilidad, salí a caminar por el jardín.

Pensé cómo me reía al leer las novelas de caballería, cómo se enfermaban de emoción el caballero al encontrarse con su dama con sólo verse, sin siquiera tocarse las manos ni intercambiar palabras, los inundaban intensas calenturas que los obligaban a guardar cama por muchas semanas. El amor es cosa peligrosa y se empoza en el fondo del corazón para fermentar el no te olvido, jamás te podré olvidar.

Sin darme cuenta puse un pie en el hormiguero de ésas que no sólo muerden sino que arrancan el pedazo con una huella de viruela. Me dolió mucho y tuve que recurrir al agua para librarme de ellas.

Ya estoy acabando, lo sé. El segundo relato contiene el entierro austero de Marta, cuyo cadáver llegó en aquel avión que también transportaba a Haynes, Glintz y Dortel. Roberto lloró mucho, no tanto por Marta como por Marlene. Aquella oportunidad de lloriqueos libres y abiertos no se la podía perder un enamorado de lo imposible. Como estoy terminando, te llamo por teléfono Carmen, para que leás lo escrito y me ayudes con el final, pues en esta guerra de hormigas y cucarachas se me han ido mis mejores ideas.

Andrés entró en la casa de sus padres, dispuesto a cumplir con la obligación de visitarlos y de reseñar cómo iban sus cosas al tiempo que se enteraba de las de ellos. Los encontró como siempre en el corredor que da al jardín interior, cada uno en su mecedora. Don Amadeo, con las preocupaciones que le dejó su jubilación, tenía a sus pies regadas las páginas de periódicos que formaban así una alfombra de retazos blanquinegros en grupos débilmente organizados por la misma debilidad de su consistencia. En su regazo ya estaban los recortes importantes, éstos que anunciaban un nuevo proyecto para modificar las pensiones y se habían convertido en su tema obsesivo, donde refugiaba la fuerza pasional de agarrarse a la vida y sentir el

ancla de sus derechos para seguir flotando dentro del interés de ser alguien.

Doña Marina, en cambio, había hallado una forma muy cómoda de dar significado a su vida ya tan en declive y era la de vigilar a sus hijos y lo hacía con un ojo puesto en lo perfecto, sinónimo del reconocimiento familiar, y el otro con la mira hacia el defecto enraizado en lo extraño o ajeno al ligamen de sangre. Perseguida por una somnolencia que le disminuía trágicamente el poder de inmiscuirse y de enterarse a fondo de los más mínimos detalles, pasaba la mayor parte del día en un esfuerzo constante de mantener los ojos abiertos y de no dejarse arrastrar por aquella corriente dulce y embriagadora del dormir. Lo peor para la pobre señora es que las sábanas, cobijas y almohadas, espantaban el sueño y así con un desvelo incómodo y persistente atravesaba las noches viendo al bueno de Amadeo sorber y desalojar el aire con el bullicio de un aprendiz a cornetista.

Andrés los visitó como de costumbre, mientras respiraba aquel olor inconfundible en su casa después del almuerzo. La hora de la visita era la de siempre y ya Zeneida, la sirvienta, estaría preparando la taza de café, que le serviría con la desgraciada manía de recargarla de azúcar para aumentar sus agruras el resto de la tarde. Oyó a su padre descargar con energía imprevista aquellos adjetivos ya no usados de "impertérito y desopinado" contra los hombres del gobierno que pretendían menoscabar la pensión que recibía por derecho propio e inviolable.

Luego, cuando se acabó su discurso, fue su madre la que apuntó la indiferencia extraña de Julia para las cosas de la familia, pues era notorio el descuido con que criaba a Marlene y a Alex, por no mencionar su extraña actitud con Alejandro, al que debía tener hartos con sus pretensiones, afán de lujo y esa incansable manera de dominar a todos los que se acercaban a su alrededor, hasta con ella lo había pretendido, eso de aconsejarlos que vendieran la casa para

comprar otra en un barrio más moderno y social, para usar sus propias palabras, era el colmo de los colmos.

Y los discursos de sus padres no tenían la montura de un pretexto o de una anécdota, iban saltando a la buena de Dios como resultado de un monólogo interno, pues entre ellos casi no hablaban, con excepción de algún suceso real que examinaban ambos hasta en los inimaginados orígenes y consecuencias, unidos a través de los años por la única afinidad que persistió el embate de una convivencia alargada en rutinas casi maniáticas, más importantes que ellos mismos. Y esa afinidad de ser golosos sobre el acontecer ajeno cuando en alguna parte se quebraba para enseñar profundidades feas, los hacía esconder en un regateo absurdo las indagaciones que por aparte cada uno llevaba a cabo sobre las vidas de los otros, víctimas o victimarios. Con más cuidado escondían, ya en confabulación unida, los sucesos poco gratos e indignos de exhibirse si se trataba de la familia.

Cuando se hizo una pausa, Andrés reportó que en su casa todo marchaba bien, los muchachos estudiaban para los exámenes y el más pequeño se había recuperado de la gripe, para acabar comentando que el trabajo marchaba como de costumbre.

Doña Amalia no respingó cuando mencionó lo del trabajo, como lo hacía siempre, pues nunca comprendió cómo Andrés llamaba así a algo tan similar a la vagabundería. Le costaba entender la dedicación de su hijo a esos cuadros alborotados de color y figuras que se atrevía a llamar pinturas, porque para ella ese desvío de Andrés era una demostración escueta de la alcahuetería de Amadeo quien en vez de alentar una carrera más digna lo había dejado irresponsablemente meterse en el taller de su hermano Ricardo, el que se podía dar el lujo de embarrar cuanto marco estuvo a su alcance dada la buena fortuna de encontrar a aquella alma de Dios de esposa, dispuesta con su dinero a entretener los ocios de su cuñado. Felizmente en los últimos tiempos y para que no murieran de hambre, Alejandro y sus socios

habían tenido la eficaz idea de instalar para Andrés una galería de pintura, con la que medio se defendía y por lo menos ya no estaba sujeto a los trances de la venta de un cuadro, producto del que ni siquiera tenían la precaución de guardar un poco para el mañana, sino que se gastaba conforme había entrado, seguros de que la suerte presente continuaría en el futuro o tal vez lo que es peor, despreocupados de las necesidades porque de algún lado, impreciso lugar como imprecisa era la confianza que ponían en el mañana, sin agotar la sonrisa y la calma en lo incierto, en lo escaso, en la nada, por el aferramiento a una ilusión indefinida que ni siquiera necesitaba ser ilusión de algo. Doña Amalia no los comprendía, menos aún don Amadeo, ellos agarrados al peso escondido en el armario o depositado en la cuenta de ahorros, dispuestos a sacrificar el presente por la seguridad del otro día, con el gesto huraño para medir el uso y reuso de lo superfluo colocado en el orgullo de monedas sumadoras de grandes y pequeños sacrificios que amargaban sus momentos cada vez más escasos y tenían una historia de alertar lamentos cuando algún pariente, amigo o hermano, se atrevía a pedirles ayuda. Para doña Amalia la culpa de aquel desastre de Andrés era de Hortensia, la infantil Hortensia que leía versos en la tarde desatendiendo los quehaceres domésticos, reía a carcajadas las ocurrencias poco prácticas de su marido, dejaba que a sus hijos les creciera el pelo hasta confundirse los sexos, y en su mundo de canciones, de risueñas historias, no le daba importancia a los estudios, ni al hecho de que fueran a escuelas y colegios públicos, ni a la necesidad de que se trataran con gente y pudieran alternar más adelante, en fin que la irresponsable Hortensia se complacía en bajar el nivel de la familia. Al fin y al cabo ella era una cualquiera, hija de un obrero, sin dinero, sin nombre, cuya única suerte fue casarse con Andrés y lograr que la otra hermana pescara al licenciado Ibáñez, socio de su hijo Alejandro y hombre que con distinción y categoría superó un humilde origen. Hay quien cuenta que su madre murió de hambre, para que el licenciado lograra su título y que con sus

maneras de gran señor desvirtuara por completo aquel pasado, que a lo mejor era una de esas sombras con que tratan de ensuciarnos. Doña Amalia recordaba a Blanquita, menuda de facciones, suave en ademanes, muy espiritual la señora vestida de negro. Andrés le había hecho un retrato a regañadientes por encargo de Ibáñez, adorno de su oficina biblioteca en la hermosa casa del barrio "Las Jacarandas", allí donde a ella le hubiera gustado vivir. Claro, que el retrato conforme las órdenes del encargo, mostraba una distinguida dama de sutiles facciones, ataviada lujosamente. Blanquita no fue tan hermosa ni tan elegante, más bien rayaba en esa delgadez seca que parece siempre el pasaporte para el viaje sin regreso, quizás de ahí la murmuración de que murió de tuberculosis pues se privó de lo más mínimo para que el hijo terminara sus estudios en Estados Unidos. La pobre no lo vio con título debajo del brazo, la vida es siempre traicionera, pensó doña Amalia mientras la imagen de Andrés se le esfumaba en sus ojos llenos de sueño.

En eso don Amadeo se levantó con los recortes en la mano y su hijo lo siguió hasta el cuarto del fondo donde se guardaban muebles viejos, libros y los álbumes de recortes, en que pegaba diariamente el transcurrir periodístico de los proyectos, quejas, ideas, comentarios sobre las pensiones de los empleados públicos. Ya dentro del cuarto, don Amadeo le dijo a Andrés que lo notaba preocupado y éste al desconfirmar su observación con una sonrisa triste apoyada en el "por dicha te equivocás, todo va bien", el padre comentó que Alejandro no estaba dispuesto a seguir manteniendo la galería con sus pérdidas y desorden. Andrés se sentó en una vieja silla, con el tapiz desgarrado. Desde que aceptó el negocio propuesto por Alejandro, adivinó que estaba sujeto a quién sabe cuantas presiones de sus padres para que ayudara a su hermano descarriado, pues el mismo ejercicio de convencimiento se había hecho con él que no quería depender de los demás, ya estaba acostumbrado a pasar entre los embates de vender un cuadro hoy y ninguno en los seis meses siguientes. Prefería hacer trabajos ocasionales, en cualquier parte, incluso pintor de brocha gorda,

a recibir de su hermano una ayuda, porque sabía que su dinero provenía de engaños, estafas y ahora vender sin asco el país junto a sus socios, aves de mala pinta, vendió a los tres gringos últimos que vinieron buena parte de la zona norte, además de playas, islas, montañas a cualquier inversionista extranjero, sin importarle sus antecedentes y el origen de su dinero. El no quería disponer de ayudas mal habidas, la semana entrante cerraría el local y que se quedaran con lo que estaba adentro. No se avergonzaba de ser pobre y de ganarse la vida con honradez. No le diría nada de eso a su padre, para qué preocuparlo, así es que desvió la conversación hacia el problema de las pensiones.

Cuando llegué ya era demasiado tarde. Ella, la inventora de estos dos cuentos, estaba desnuda, tendida en el suelo, completamente cubierta de hormigas y cucarachas. Con un extinguidor logré librar su cuerpo de esos infernales insectos.

Con un sollozo atrapado en la garganta y lágrimas que me corren en las mejillas, llamé a parientes y amigos para comunicarles el terrible suceso. También a la policía y a los paramédicos que trabajan en el rescate. Comprobé su respiración en un espejo, traté de encontrar su pulso y nada. Su piel estaba totalmente carcomida. La cubrí con una sábana y empecé una oración interminable porque su alma impecable alcanzara su positiva energía.

Llegaron todos los llamados y atendieron bien sus tareas, a pesar de su nerviosismo y escalofrío ante aquella patética escena. Me preguntaron por los detalles, pero sabía muy poco, apenas el asombro del encuentro. Ella estaba escribiendo dos cuentos y tenía una batalla con hormigas y cucarachas como en cualquier otra casa rodeada por jardines.

Fue entonces cuando vi el borrador del final de sus relatos, el que quería que revisara. Tomé las hojas del escritorio y me pareció que

estaban llenas de vacilaciones y dudas, seguramente escritas entre muchas interrupciones. Contaban esas páginas lo siguiente:

Doña María murió poco después de Marta y con los dos funerales se evaporaron los ahorros de toda la familia. Roberto siguió cada vez más deprimido y cuando le contaron que Marlene se había casado con un relojero suizo, decidió quitarse la vida en una forma en que sus parientes no tuvieran que costear su entierro. Caminando se fue para Guatemala en donde habló pestes de los militares, a los que llamó criminales, exterminadores. Al día siguiente lo mataron y lo declararon desaparecido.

Jiménez, Ibáñez y Aguilar, después del exitoso negocio con los japoneses, siguieron yendo con frecuencia al aeropuerto para recibir y atender a gringos, europeos y asiáticos, a los que vendían con muy buena suerte grandes porciones de nuestra tierra.

A doña Cecilia no le pagaron el préstamo, por lo que ordenó ejecutar la hipoteca y una vez dueña de la propiedad desahució a la familia Solano, la que patitas en la calle se dedicó a olvidar tantas desgracias y ganarse la vida lo mejor que podían.

Luciano, el gran Tuto, no terminó la Universidad pues en un pique de automóviles deportivos perdió el control del vehículo.

A don Amadeo le aumentaron la pensión cuando había muerto un mes antes. Doña Amalia se fue a vivir con Andrés, empeñada como estaba en mortificar a su hijo y a su familia.

Marlene nunca regresó, se quedó para siempre en Suiza, concretamente en Ginebra y en su lago desahogaba su melancólica tristeza.

A Alex se le abrió el apetito del dinero y se asoció con su padre en la segura empresa de vender nuestro suelo. Su madre se aficionó

en tal forma al consumo y al desorden que la casa de los Jiménez parecía un almacén al borde del caos.

Todos terminaron por conformarse con sus circunstancias y limitaciones, aunque conformarse fuera una triste y ajada realidad.

No quiero distraerme pues estoy en el punto final pero siento que está entrando una tropa de hormigas y cucarachas.

Cuatro versiones sobre un tango universal

Y le puedo asegurar que lo vi lo vi, nunca he mentido en mi vida, ni he necesitado hacerlo, pues la verdad se impone sobre lo sucedido para destronar el oficio de mentir. Lo cierto es que nadie me ha oído con tanta atención como ustedes y hasta me están grabando como si fuera un personaje importante, a mí un simple portero sin remuneración alguna, sólo por el simple placer de abrir la puerta a los que se olvidan del tiempo en las madrugadas. Tengo un olfato para los presagios que ni les cuento, sé siempre lo que va a pasar en ese momento que todavía no ha llegado. Soy como el martillo que acierta al pegar el clavo, por eso convoco a mis poderes psíquicos cuando aparece un extraño, éstos que la gente llama cara nueva.

La primera vez que la vi, supe de lleno que era protagonista de un tango, víctima de un crimen pasional. No me equivoqué, al recoger su cadáver ya tienen ustedes lo que se llama evidencia. Fue en la madrugada, lo sé sin duda alguna, una cosa extraña enfrió mi cama y medio despierto presentí esos puñales fríos que acababan con el prójimo. Desvelado ya abrí la puerta y ahí estaba extendida y larga más que en su corta vida. No me pregunten cómo llegó a su cuarto y a su cama, de eso no sé nada. Supongo que alguien más generoso que yo se encargó del traslado, porque después de ver aquella presencia vacía, me volví a mi cuarto para soñar que nadie me había despertado, así de simple soy yo. Se llamaba Camelia, qué remedo, y callejeaba después de las seis hasta la mañana siguiente. No le iba mal, hasta un automóvil se había comprado y su alquiler pagado por adelantado por si las cosas no iban tan bien como lo programado. Nunca tuve ese tipo de relaciones que ustedes insinúan con ella, era demasiada flaca y huesuda, las necesito más entradas en formas, curvas y carnes.

Ella llegó al bar a las tres de la mañana, se veía enferma, pálida, desangrada, sólo pidió un trago de un licor fuerte, un vodka o un coñac, le daba lo mismo, y a la gente que le da lo mismo lo que bebe le tengo una desconfianza tenaz porque eso de embriagarse debe tener una ruta de gustos y de afinidades. La conocí desde que llegó del campo a la ciudad, con ese oficio tan visible de venta de ratos. Nunca estuve con ella porque me cuidó, con esto del sida es peligroso meterse con cualquiera. Además, ella tenía su vigilante, su chulo, un tipo mal encarado que a su modo le llevaba la contabilidad. No noté nada raro esa madrugada, salvo que estaba ensimismada en sus soledades y se confortaba con un inmenso silencio como si fuera un alivio para penas oscuras, realmente inconfesables. Al salir dejó un rastro de sangre, lo que no me extrañó ni preocupó, algunas mujeres en sus menstruaciones tienen cataratas de flujos. No volvió por aquí, no la vi nunca más pero su chulo preguntó por ella con un tono impaciente de qué le había pasado. No sé, le contesté, a lo mejor se fue para otro lado en que le vaya bien. El tipo arrugó la cara, esos tipos siempre arrugan la cara cuando una entrada falta en su contabilidad.

La vi arrastrándose en los pasillos, como si estuviera terriblemente herida en sus costados y no pudiera caminar erguida y orgullosa como era ella, sin vergüenza alguna de su oficio, un servicio social de la pequeña empresa privada independiente, que merecía el apoyo del Estado. No la ayudé porque ella era autosuficiente y se las arreglaba sola como podía. Cómo quieren que la defina: una percanta cualquiera, casi podía decir barata. Vino del campo a esta casa y por supuesto los varones que la habitan se aprovecharon, hasta el dueño y el del bar en la esquina. ¿Quién pudo hacerlo? No tengo ni idea porque era mansa y no se avergonzaba de su oficio. Nunca la vi alterada, parecía la tranquilidad en persona. No sé si tuvo algún hijo, algún pariente que reclame su cadáver maltrecho. La pura verdad es que estas mujeres de la vida alegre son muy solas, residen en el desamparo y por lo general comunican

cierta desazón que incomoda. ¿Interrogaron a su chulo? Ese sabandija es el que sabe más sobre ella y puede estar al tanto del por qué pasó esta situación tan desagradable, por no decir trágica, cada quien tiene su destino escrito en la frente. No la ayudé, no valía la pena, ya alguien cumplió el encargo y la encaminó hacia el fin. La dejé ahí tratando de abrir la puerta, para morir en su cama como cualquier persona decente. No me pregunten más, no sé nada y pienso que cada huésped de esta casa es el responsable de sus muchas puñaladas, al fin y al cabo le teníamos una determinada envidia a su libertad y a esa forma de vivir a como le da la gana. No siempre se puede hacer eso porque nos cargan de prejuicios y de limitaciones desde el principio.

Pero ¿cómo creen ustedes que yo mismo iba a liquidar ese negocio ambulante que me producía sus reales sin hacer yo nada más que mantener estos ojos despiertos y vigilantes? Siempre le di mi protección sin averiguar mucho sobre quién era y por qué se decidió al ejercicio de callejear, cada quien tiene derecho a trabajar y a ganarse la vida, ¿no lo dice así la constitución? La conocí por casualidad, en una calle bien conocida por sus enlaces fáciles. Me contó que venía de muy lejos, apenas estaba conociendo la capital y sus posibilidades. Me pareció bonita, ingenua y legítima rubia, lo que aseguraba un próspero negocio. Le planteé con un tanto de crudeza la alternativa de que nos ayudáramos juntos y ella respondió que era una buena idea. Cuando le dije lo de la comisión no pidió rebaja ni me sometió a humillación alguna de regateo. La llegué a apreciar más que a las otras, ¿por qué entonces creen ustedes que fui capaz de hacerle daño? Nunca, jamás, la cuidé profesionalmente y me jacto de ser bueno en esa tarde. No me contó por qué se vino del campo, pero tenía un padrastro que la violó así no más porque le dio la gana y la atropelló violentamente con sus apetitos. No sé de su madre ni de sus hermanos. Su falta de familia era palpable. Pero, ¿cómo creen ustedes que pude deshacer un pacto tan armonioso? Además no soy hombre de puñales, a mí me gustan más las pistolas

que se enseñan y del susto que pegan tienen éxito el atraco y el contrabando. No tenía por qué antes, menos ahora, era mi negocio, sólo eso, nunca mezclo las emociones con los simples y escuetos negocios. Claro, yo tengo mi apaño bien resguardado y a ella le cuento sobre este tipo de trasiegos, ella vive tranquila y se conforma con lo poco que le puedo dar, ya que la vida está difícil y no es de la noche a la mañana que uno puede hacer fortuna, más bien lo desvalijan en cualquier momento. Hay que tener suerte para cortejar esos toros de lidia que andan por estas calles. Ella me contó que el dueño de esa casa, coquetón y majadero, le tiró las cartas y predijo que muy pronto alguien con un puñal la dejaría sin una seña de vida. Y que el tipo del bar le servía un licor que apestaba a contradicciones, no era ni ron ni whisky ni vodka, más bien sabía a la morfina con que cocinaban a los caracoles enlatados y muertos en siglos pasados, cuya historia quería olvidarla siempre. No necesité saber más de ella porque era tan simple y buena que podía detestarla su vecina, era experta en brujerías y malas andanzas, que pudo matarla con los puñales que danzan en su cabeza, afilados y propensos a herir la carne abierta y latente de los seres ingenuos e inocentes que creen en la vida eterna. Además ella no hizo nada malo, salvo su intento higiénico de depositar la única sangre que le quedaba en una cama digna, en que podía dormir sin perturbaciones.

Cuando detuvieron al dueño de la posada, nadie se extrañó del suceso. Soñaba demasiado con puñales presentes en los encuentros y en los acechos, y con mujeres hechas por otros momentos y ganas de evacuar en cualquier traste.

Ella se retiró al olvido, modesta como era.

Réquiem para un día que se acaba

Esperó ese día desde hace mucho tiempo y a pesar de que no se hacía ilusiones pensó que le traería sorpresas y algunos asombros agradables.

Se prometió no correr a su encuentro porque podía resultar contraproducente. Lo marcó en el calendario con un círculo rojo y cada mañana contó los días que faltaban para su llegada.

Condujo con prudencia la estrategia del recuerdo, era bueno recordarle a sus padres que estaba esperando pacientemente. Ellos sonreían y eso la llenaba de optimismo.

Cerca de la fecha tan ansiada, oyó comentar a su madre que el negocio no andaba bien y que había que economizar. ¡Qué lata!, se dijo en silencio porque no le gustaba hablar en vano, menos usar algunas palabras que desvanecieran sus ilusiones.

Al terminar el mes, con tacto y delicadeza preguntó ¿cómo anda el negocio? Muy impreciso, el padre contestó: más o menos, nos vamos defendiendo. Esa respuesta la dejó francamente en un mar de zozobras.

Estuvo estudiando clases para conducir con propiedad, además le estacionaba el carro a su madre. Se ofrecía a cualquier mandado siempre que le permitieran manejar.

Para ella se habían acabado las fiestas, los amigos, las barras y los medio novios hechos a punta de cuerdas y largas miradas. No hablaba más que de mecánica y sólo se interesaba en los motores.

Estudiaba más que nunca, no fuera que cualquiera mala nota le estropeará todo.

Después se preocupó porque nadie hablaba del asunto y tampoco le daban bola a esa fiebre de manejo y de mecánica. Faltan sólo quince días y no me dicen nada, será que se han arrepentido.

Preguntó con voz muy tímida: ¿cumplirán con su palabra de regalarme un carro? Le contestaron que eso sería una sorpresa que se merecía con creces.

Una semana antes del día que se acaba, vio que su padre estaba en tratos con el señor, dueño del taller, que repara vehículos. El miércoles observó que su madre llevó el volkswagen color cielo al local de revisiones y reparaciones. No había duda alguna, ésa era la sorpresa y el regalo prometido.

Al llegar al día que se acabó, anduvo en ese carro pequeño y veloz, que ya se había inscrito a su nombre. Después de dar las gracias más expresivas, los abrazos más fuertes y seguidos, los besos más sonoros, salió a la calle para manejar su propiedad. Perfecto subía cuestas, bajaba empinadas, ante el cambio del semáforo frenaba prudente. Se paró de pronto para revisar la dirección porque la sentía trabada y con una tendencia de irse hacia la izquierda, por donde es peligroso porque vienen otros carros y se abren los puentes con rumbo a la profundidad de los ríos.

Mientras pensaba qué haría, se decidió revisar el motor, que encontró perfecto y en orden la serie de conexiones. ¿Sería una premonición de perder lo más querido? Con la confianza repuesta, arrancó de nuevo el carro y decidió probar la velocidad.

A la entrada del puente de Aguas Buenas se le olvidó la precaución y su lindo juguete se le desvió hacia la izquierda camino al precipicio.

Algo de un réquiem olvidado le zumbó en los oídos esa tarde, porque siempre supo que los días esperados se acaban irremediabilmente.

Definitivamente tiene una cara prestada

Tener una cara prestada no es nada extraordinario. Basta con no parecerse a los diferentes rostros que predominan en la familia, ni tampoco a los amigos íntimos que pudieron pecar de un exceso de confianza.

Su madre lo adora, cada etapa de crecimiento la observa. Embelesada porque su belleza se afirma con rasgos varoniles, a pesar de que su cara la podría enseñar con orgullo cualquier mujer. La distancia estética entre él y sus hermanas se podía medir por kilómetros. Ellas, feitas, sosas, mediocres, sin garbo, sin gracia, poco brillantes. Andan como escondidas por la casa, no se asoman por las ventanas, menos abren la puerta, pero cualquier visitante sabe que están ahí porque transpiran vergüenza.

Su padre le tiene un hondo afecto, que se trasluce en su apoyo ilimitado a sus proyectos y a sus ideas. Le ha dado abundante dinero y no se cansa de convencerle de que le confiese sus necesidades, para resolverlas de inmediato. Se enorgullece de que esa belleza andante no sea un disoluto mujeriego, sino más bien parco en novias y en compromisos, siempre se acuesta temprano y se levanta al alba. Trabajador incansable logra beneficio de cualquier acción que emprenda. Sabe cultivar amigos influyentes, es un buen diplomático que esconde con habilidad sus inclinaciones políticas para desde el campo neutral hacerse respetar.

Su hermana mayor conoce que se comenta fuera de la familia lo de la cara prestada y eso le parece injusto porque hay rasgos comunes entre ellos, como el pelo y las manos. Sólo los conocidos recientemente creen que son de diferentes familias. Sabe que sus padres lo adoran y están dispuestos a complacerlo en lo que él desee,

aunque sea un capricho o algo arbitrario que se ponga de moda. Considera que lo han hecho insaciable: ya tiene avioneta, yate y tres automóviles último modelo. Lo complacen con comidas exquisitas que resultan banquetes con vinos gustosos y bajativos para facilitar su digestión. Se desviven por conocer sus deseos y apetitos, para deprimirse solitarios cuando no adivinan sus pensamientos.

Su otra hermana, en esta familia de tres hijos, confiesa con cierta frescura que le tiene envidia por la amplia libertad que le ofrecen, pues el encierro en la casa o en el negocio impide que lo admiren en las calles. Así con ardiente paciencia lo han hecho víctima de esa maligna enfermedad del narcisismo. Se pasa horas ante el espejo ensayando sonrisas, guiños, perfiles, repaso de rasaduras y arqueos de esas cejas perfectas que el bandido tiene.

El no desconoce el odio, la envidia, el rencor que despierta en las hermanas, pero carece de esa habilidad para la acumulación de sentimientos negativos. Se había salvado de esos moldes rígidos y afeantes de la familia, con sus rasgos hoscos y su encadenada armonía. Sus bellos ojos transmitían luz y eran tan transparentes, que les debía su éxito en la vida. Está consciente que su madre lo adora y el padre lo admira, eso era suficiente, qué podría importarle los resentimientos de aquellas hermanas tan inútiles.

La mayor se matriculó en un curso de mecánica por correspondencia. Antes había reclamado a su madre que en esta familia no se creía en las mujeres, sólo había campo y pedestal para el hermano. No seas injusta, mi hijita, él se lo merece todo porque es bello, considerado, generoso y hasta las quiere a ustedes. No diga mentiras, por favor, nos odia y menosprecia, cualquiera lo puede constatar si sabe observar lo que pasa aquí, hasta el servicio lo ha notado y lo comenta. Hablemos de otra cosa, mi hijita, detesto los reclamos y las comparaciones.

La menor empezó a espiar, sin duda alguna de su propósito. Su hermano, como cualquier narcisista, era maniático. El lunes maneja su volvo, el martes usa el BMW, el miércoles utiliza el carro sport y los jueves sale con la toyotona para su largo fin de semana que pasa en la finca y lleva como compañero al chofer. En su mente fija el día lunes como fecha infalible. La visita su padre y le pregunta en qué piensa, ella responde que en nada más allá de los intensos y extensos privilegios de que goza su hermano, no seas tonta, no perdás el tiempo en eso, él cumple con lo que se propone, en cambio las mujeres no saben encontrar sentido a la vida.

Esa noche hablan muy bajo sobre las posibles formas de hacerse justicia. Encuentran que la más fácil es ingresar a la familia de admiradores que tiene en la casa y en la calle, pero eso no lo tolerarían sus estómagos y sentimientos, lo mejor es librarnos de su bella cara prestada.

Bajan calladamente hasta el enorme garaje, abren el motor y con una destreza que hace creer con fe en los cursos por correspondencia, la mayor desconecta los frenos del volvo.

Esperan el amanecer con fluido insomnio hasta ese momento en que oyen los gritos y aquel insistente ahogo de no puede ser, no nos puede pasar a nosotros.

Cuando llegan a la funeraria, muy juntas y complacidas en silencio y en el interior, constatan que el rostro de su hermano completamente destrozado, fue sin duda y de manera definitiva una cara prestada por Dios para unos pocos años.

Centinela, abra para mí las puertas del deseo

No sé cómo empezó el desgano. Poco me interesaba y me conmovía. La vida, llegué a afirmar, es un cuento largo o corto según la suerte, ya contado y vivido en alguna dimensión que recordamos a medias. Un principio tenso que interese, un intermedio que transforme y envuelva y un final con una adecuada dosis de sorpresa.

Esa falta de apetito no me preocupó en la soledad, porque se podría tratar de carecer de estímulos, pero sí se me clavó en la conciencia cuando percibí que estaba rehuendo invitaciones y contactos. Algo muy profundo me enfriaba las ganas y tan sólo me calentaba un poco al sentir las axilas sudorosas.

Me puse a estudiar las causas, las campañas para parar la extensión del SIDA me habían impactado, aún cuando desde muy temprano me recomendé como regla inviolable una austera y real fidelidad. También me preocupaba la forma fértil y rápida en que se había extendido el consumo sexual en que hasta ahora se percibe un crecimiento de insinuaciones y propósitos. Por táctica los rechazaba, asumiendo el riesgo de que me consideraran sospechoso.

El desgano aumentó, la ausencia de apetito ya era visible, lo podía notar cualquiera en la casa o fuera de ella. Ni siquiera admiraba a las mujeres bellas, bien hechas y con caras que se miran con asombros de cómo pueden lograr esa perfección.

¿Por qué esa ausencia de deseo que lo hacía un hombre decadente apenas cuando se acercaba a los cuarenta? Su esposa es buena, paciente, cariñosa y complaciente. Los quince años de convivencia la habían dotado de experiencia y de una imaginación diestra que le permitía innovar con osadía.

Pensó en consultar un médico, pero la vergüenza, la duda de si no va a creer eso de la impotencia a una edad tan vital. Al fin se comunica con un especialista de muy buena fama. Lo revisa, lo examina y expresa que no hay nada anormal. Como no existen pastillas ni drogas confiables para remediar eso, le aconseja que consulte a un psiquiatra, pues el cerebro es el que ordena y organiza todo lo del sexo. Le hace caso lleno de esperanzas, que después de cinco sesiones se desvanecieron por completo.

Solo, con su carga de desganos repetidos y largos, decidió buscar la primera vez que le pasó eso. Despejó las ocasiones en que lo hizo por compromiso y fingió que estaba emocionado y ya no quería más. Fue así como un domingo en la mañana, retozaron en la cama y un contacto aquí y otro allá, más una caricia voluntaria y un beso profundo los llevó a una satisfacción estremeciente. La luz entraba en raudales y él se encontró en el espejo del tocador completamente sudado, en una posición desagradable y a su lado una mujer fatigada, con el pelo revuelto y las huellas de un maquillaje corrido.

Recordó y vivió la situación en que se presentó el asco, el eterno enemigo del deseo.

Nunca lo habían hecho de día a plena luz, lo que era anormal y asqueroso. Se levantó enseguida de la escena, con el pretexto de ir al baño. Ahí se lavó con esmero, como cuando niño ante las revisiones de su madre, de que si se había lavado bien esto y aquello.

Se le hizo tan fácil entender que él era un animal de noche como los tepezcuintes, las lechuzas y los lobos, que sus hábitos salieron al desfile radiante de las modas. Y se lució, fue cierto, porque era peregrino de tinieblas y fugitivo de cualquier luz. Andante errante de lo oscuro inolvidable.

Con aire de toques urbanos, siempre bien educados, se atrevió a convocar esos rumbos ciegos que deparan tantas alegrías y dejan imágenes de desastre en los adobos de las camas. Entre oscuridades y

tinieblas se sintió como era, un hombre varonil de innegable apetencia, sin llegar al apetito final. Todavía no encontraba su camino, el llamado desahogo, y vio que en la espesura alumbra la verdad, que a veces esconde la cara como una tímida niña de la edad medieval.

Varonilmente fue descubriendo rincones oscuros, ángulos húmedos, esas horas increíbles en que las caricias se alargan y se clavan a otras caricias igualmente bienvenidas. Ya sin timideces y dueño de lo clarividente convocó a la noche, a la noche profunda, a ésa en que nos desdoblamos y sacamos lo inconsciente, a ésa que nos suaviza y nos presenta el desierto en que va a crecer el trigo, a ésa que nos trae el trino junto al látigo que obliga a que los pájaros canten, a ésa que borra con gestos gigantescos nuestros balbuceos y nos fecunda de olvidos gratos y anecdóticos.

La noche, ¿cómo no lo supe antes?, con su cobija de intimidades y su afán de recuperar tiempos perdidos. La noche con su memoria detenida en la velocidad de la luz. La noche refugio mío y de todos. La noche con las sábanas limpias de alimañas en que la fecundidad se engendra. La noche plena de los que duermen profundamente y no recuerdan que soñaron.

Pero la noche tiene su centinela. Lo conozco y es muy celoso, no deja entrar a cualquiera. Le ruego, le suplico, le digo con tono lastimoso, Centinela, abra para mí las puertas del deseo.

Impaciente porte

La atmósfera densa ponía falsas tinieblas a un sol radiante y a un día caluroso y pesado.

Me sentí turista en mi propio país, tal vez porque me pasé la noche viendo cable color y me soñé que andaba atorranteando en Nueva York, con las sensaciones tontas y pretenciosas del caso, para regresar a contar lo que vi.

Así cayó ella en el foco de mi observación. Lo sugestivo que desprendía me convirtió de pronto en novelista improvisado. La seguí con la mirada.

Ella nunca aprendió a andar. Su sensualidad le bailaba en el cuerpo, las caderas se movían al ritmo de la rumba y sus senos adquirían el vaivén del son. Debía averiguar algo más de ella y no conformarme con aquel espectáculo de sensualidad.

Supuse que tenía dueño, un banquete así no se desperdicia ni se deja relegado para que otro lo aproveche.

Quise verla en su casa y de inmediato se vino encima la imagen: bailaba entre sillones, sillas y mesas. Después la saqué al jardín, para recoger flores y hojas y hacer arreglos que seguramente iba a colocar en la sala, en el comedor y en la oficina. ¡Qué danza sobre el césped! Su agilidad me asombró. ¿Cómo era posible que se moviera así sin música de pasodobles con tambores?

¿Profesión? Carecía de apariencia intelectual pero se le podía observar, sin verla mucho, que era totalmente despistada. Sin embargo era profesional en el movimiento y no se dejaba intimidar por las miradas ajenas.

Cuando averigüé que era psicóloga, pedí enseguida una consulta. Me atendió con simpatía y con interés humano. La vi encantada moverse con su ritmo caprichoso por el consultorio entre el escritorio y el archivo. Con un ademán de ballet contestó dos veces, para saber que alguien se sentía más deprimido que nunca y otro estaba tan eufórico que contrajo un ataque de hipo. Supuse que sus clientes eran hombres que se complacían en apreciar aquel espectáculo lascivo y silente.

Me preguntó con curiosidad experta y observadora: ¿Qué le pasa señor? Padezco de los nervios y siento que me están consumiendo sin timidez alguna. Me dejó hablar un largo rato y no sé cuantas tonterías le participé. Me dio una receta con aquellos dedos danzantes y una cita para la semana entrante.

Con tretas me hice novio de su secretaria, necesitaba saber de su vida. Así me enteré que tenía dos hijos, que se cuidaba con la píldora, su esposo es profesor universitario, tranquilo y cordial. Vivía en una casa muy cómoda, tal como lo había imaginado. Cuando entramos en la intimidad de los besos y las caricias me confió que la psicóloga había sufrido mucho porque su padre la violó a edad muy temprana y después lo hicieron sus hermanos, por lo que también estaba en tratamiento especializado para superar aquellos hechos dolorosos y tristes, ya que nunca aprendió a caminar y desde muy pequeña no se había desprendido de ese baile sensual de caderas y de hombros. Además, el esposo era un tipo frío y callado que no se mecía en la cama y evitaba salir con ella porque le avergonzaba la forma en que la veían los hombres.

Pensé en cómo remediar aquello, se me ocurrió enviarle flores, escribirle poemas, hacerle insinuaciones en las consultas y hasta me atreví a invitarla a mi apartamento para enseñarle mis pinturas y pedirle consejos sobre la decoración. Aceptó sin reticencia ni desconfianza.

Esa noche le pude proponer que mi cama es suave y ancha, pero no quise hacer lo mismo que tantos otros hombres y me conformé con verla bailar a mi alrededor, con más sensualidad que nunca, pues había puesto en mi grabadora boleros para parejas pegajosas.

Además, estaba un poco empalagado de ese reguero que se mecía en su cuerpo.

De varias posibilidades la única

En la campaña electoral prometió que no encarecería la vida, ningún producto básico subiría de precio. Juró que las tarifas de los servicios públicos se congelarían y que la situación económica del pueblo mejoraría.

Al ganar las elecciones no tocó esos temas, viajó constantemente al extranjero para buscar amigos y obtener sus consejos. No se gobierna para improvisar, pensó en la madrugada de un día nuevo y frío.

Cuando se hizo cargo de la Presidencia, su discurso de toma de posesión se centró en estos temas: paz, justicia social, no devaluación, manejo limpio de los fondos públicos, trabajo abundante, techo para todos, austeridad en el gasto público y la incorporación de la mujer en tal forma que desapareciera para siempre su discriminación.

Ya en su despacho pensó que había varias posibilidades para lograr un buen gobierno. Se decidió por echarle la culpa a los anteriores gobernantes, quienes habían acumulado pérdidas, déficit y grandes carencias para la mayoría de las familias humildes y resignadas en la miseria.

Se diseñó una campaña de información que provocó una extensa polémica porque los exfuncionarios se defendieron. El pueblo quedó confuso porque no entendió los argumentos técnicos de unos y otros.

Volvió el Presidente a su hábito de pensar en posibilidades. Las estudió muy bien dentro de la perspectiva en que aparecen problemas tras problemas. Tiene poder y popularidad, aunque su gobierno atienda los campos pagados en los periódicos, radio y televisión.

Además cuenta con los servicios de expertos en imágenes y en sonrisas. Su esposa es bella y rápidamente se ha ganado la simpatía de la gente.

Al mandatario no le tembló la mano cuando juró servir los mejores intereses del país, porque Dios ni la patria reclaman. Tampoco cuando escogió a ministros y colaboradores, sólo se preocupó de que fueran más mediocres que él para que no lo opacaran.

Empezó a revisar el PAE I, el PAE II y el PAE III, como los demás presidentes latinoamericanos, y se le aclaró la mente pues cada ajuste mejoraba la economía aunque empobreciera aún más al pueblo. Al fin y al cabo esa palabra es abstracta y fría.

Su estrategia fue siempre mentir y luego contradecirse, poner un pie adelante para dar dos pasos ciegos hacia atrás. Nunca creyó en la sinceridad de los otros, ya que siempre son serviles y tienen sus propios intereses creados. Además, sabía que la eficiencia la creó un vago que nunca hizo nada y era inútil hasta la saciedad.

Capaz de manejar la intriga a diestra y siniestra, repartió entre los que quisieran oírlo las confidencias más falsas de que se tuviera conocimiento en esta moderna época de la tecnología. Cada oyente se creía su íntimo amigo, casi su hermano, con esa obligación indeclinable de complacerlo, halagarle el oído con elogios, facilitarle influencias en el engranaje de los parentescos y de las amistades.

Gusta de las palabras, se embarca en ellas hacia el rumbo de las falsedades. Cuando habla parece que encumbra hacia las caídas benignas, como las devaluaciones monetarias y la privatización de los servicios estatales. Se siente que vuela emocionado sobre las grandes extensiones que se devastaron y los ríos que corren muertos sin ganas de llegar al mar.

Le encantan los viajes, sobre todo a países desconocidos y exóticos que desconocen su fama de necio y los chistes que le

inventan voces populares en una empresa colectiva, como aquél de su discurso en que dijo encontré al país en el borde del precipicio y he dado un paso adelante. Además, en esas naciones lo tratan como si fuera gran cosa y le pasan la pelota. Le fascinan los palacios y castillos, el trato con reyes y príncipes, la entrada abierta a la Casa Blanca. Se deleita con el protocolo y las solemnidades, por eso no vacila al invitar y al aceptar invitaciones.

Celebra las victorias en los deportes y desconoce olímpicamente la cultura del país. Se inmiscuye sin piedad en las vidas ajenas con la subida de precios en la canasta básica y es aficionado a atisbar nuevos impuestos.

No le pregunten por nuestra historia porque falla con certeza, pues confunde épocas y desconoce a nuestros ilustres hombres de ideas y de creaciones.

Siempre quiso descubrir la noche en las evoluciones de la luna, pero no tiene ese olfato de los que bucean en el oscuro mar. Se apasiona por las ovaciones que inventa en sus sueños.

Se precipita en acciones desacertadas, muy pronto pone marcha atrás y choca en su propio manantial de empeorar las cosas. Fracasa en sus dádivas paternalistas porque este pueblo es un malagradecido.

Cuando levita en su discurso y el pueblo piensa que ha inventado un pueblo desconocido, los aciertos son tantos que no caben en un escuálido vocabulario.

Es un misterio para la gente, los científicos y los catedráticos dudan si tiene cerebro o en su lugar funciona una rocola de discos rayados.

Se le critica con amplitud y saña, pero él no hace caso porque está seguro de que hay muchos necios a quienes es imposible complacer. Además, los enemigos políticos se enfilan para ensombrecer su brillante trayectoria de buen gobernante.

Ahora que había estudiado varias posibilidades, la única abre la puerta, se instala en su escritorio y mueve su mano para que plasme su firma. Definitivamente para que la economía crezca y se mejoren las condiciones de desarrollo en que vive nuestro pueblo, es necesario aumentar los precios de los frijoles, del arroz, de la leche, de los huevos, de la carne y del pan, además de las tarifas telefónicas, de electricidad y del agua.

Ya firmado el decreto, piensa que mañana deberá estudiar los aumentos en las verduras y en el transporte.

De las feas Miss Universo

Al medir caderas, busto, cintura y piernas quedó inmediatamente descalificada, pero al observar sus grandes y paradas orejas, su abultada nariz, sus dientes disparejos y aquel rictus que le amargaba la boca, así como su escaso cabello seco, nadie se pudo explicar como se había atrevido a inscribirse en el concurso.

Algún loco la mal aconsejó o algún burlador se pasó de la raya, así pensaron los que la miraron por última vez con desprecio invaluable.

Ella no se preocupó mucho por el resultado, peores cosas le habían pasado y le seguirían pasando. Le gustaba confirmar en los ojos de los otros, el horror por su fealdad.

Apreciaba muy en alto las cosas bonitas de su cuerpo, como sus piernas bien torneadas, sus manos finas y elegantes, el buen humor que formó después de tantos golpes para burlarse abiertamente de lo fea que era.

Ahora necesita contarle a sus amigos el descaro que tuvo al inscribirse y ganar el concurso de miss universo entre las más feas.

Lo hará más tarde, cuando tenga el panorama completo de los detalles y de como eran de horrorosas las otras concursantes. Mientras tanto imagina la escena de coronación, a la que sólo se invitará a ciegos y deformes, y ella desfilará muy lenta hacia la meta de la victoria, completamente segura de su belleza.

No la atormenta lo bello, que siempre es una anécdota en la vida de cada quien y acaba como un marchito recuerdo. La belleza interior sí le interesa porque es de un orden espiritual que se proyecta en los ojos y en la voz, que enseñan su brillo cálido y una suavidad acariciante.

Sin embargo, esa belleza desaparece en los espejos, en las miradas que se detienen para observarla y en los intercambios que se anuncian en las fotografías que no pierden un solo detalle:

Su seguridad depende en pasar inadvertida, una más en la empinada acera que la lleva a su casa. No ha sido cobarde para los amores de ratos cortos y largos, pero odia el detalle de las comparaciones y no aguanta que se la defina como carente de gracia y armonía. ¡Qué vano le resulta el instinto de pintar con sal la salazón! Siempre hay un fruto que se pudre en la tierra a medio morder y a ella nunca la mordieron entera.

Siempre tuvo extrañas vanidades, como la de cruzar esas piernas ejemplares con la falda bien arriba, además tuvo insólitas iniciativas como la de matricularse en un curso de belleza para conmovier a las asistentes con un piadoso reconocimiento de aquí no hay nada que hacer.

Confesó que no iba nunca al cine, pero era una mentira visible, cada noche veía una película para buscar parecidos. Tenía ese despiste rubio con que Marilyn naufraga en su mar de soledades agónicas, esa cara larga de Irene Papas, que se acentúa en las papadas, esa mirada tan brusca con que la Greta disfraza sus desamores y su hielo sueco, esa forma de ser Sofía en el alcanfor de sus camas blandas con vértigos de acercamientos varoniles, ese dejar que los otros hagan lo sucio de la gran Brigitte y eso de apropiarse de lo ajeno que estilizó a María Félix.

También se apoderó de la creación de otros, para eso compró libros de pintura y todo tipo de materiales para pintar. Se enamoró de los papeles y telas por su textura y su respuesta. Pintó al estilo de Frida con su carga de dolor, creó los mundos mágicos de Remedios, imitó las líneas fuertes y seguras de Dinorah, alargó las figuras al ritmo del Greco y se enamoró de las Meninas de Velázquez.

Se le empezó a iluminar la cara y a suavizar los rasgos. Lo constató en un espejo fiel a su imagen. Una amiga se lo comentó no sé que te

has hecho pero te veo menos fea. Un enamorado le salió a la vuelta de una esquina y la llamó con ese adjetivo tan dulce de linda.

Decidió pasar a la literatura, adquirió libros, cuadernos y bolígrafos. No era fácil manejar tanto juego de palabras mientras se van dibujando situaciones y creando personajes que tiene su vida propia y se transforman. Encontró demasiado peligroso entrar en ese círculo ardiente de las relaciones humanas.

Entonces se desempachó de los prejuicios sobre derechos de autor y de propiedades. Eso eran temas burgueses abonados por egoísmos vedetistas. Tomó un cuento de Carmen Naranjo y lo copió en su cuaderno creativo. Al fin y al cabo era la compatriota y la tenía bien cerca. Escogió otro de Julio Cortázar para hacer lo mismo. Al cabo de un mes tenía un volumen completo, en que figuraban Juan Rulfo, Carlos Fuentes, Eraclio Zepeda, García Márquez, Jorge Luis Borges, Luisa Mercedes Levinson y muchos otros autores cuyos nombres no copió.

Ya con su cuaderno repleto de sus cuentos preferidos, se organizó para hacer una lectura pública. Esa noche entró en el salón con los ojos iluminados, un perfil envidiable, un cuerpo esbelto y una firmeza en su andar realmente asombrosa.

Tuvo un éxito rotundo y entró en la literatura nacional con pasos de elefante que conmovieron a los asistentes. La luminosidad radiaba una belleza originaria de Yolanda Oreamuno, una bondad de Carmen Lyra y esa fuerza de Luisa González.

Aquella misma noche, ya con otra naturaleza, su novio, el guapo y amable joven de la esquina le confesó el deslumbrante orgullo que sentía por ella y le pidió que se casaran lo más pronto posible.

El lenguaje de los besos

Le confieso, doctor, que desde muy niño fui obsceno y promiscuo. Mi cuarto en la casa que alquilábamos, antes de construir la propia, era vecino del de mis padres y oía gemidos, cadencias y gritos desde que empezaba la noche.

Desde las doce se me paraba impetuoso y me había enamorado de las maestras y de las múltiples empleadas que frecuentaron a mi familia agobiada por descuidos, intrigas y robos. También se despidió a las desaseadas y a las malas cocineras.

En la espiral del crecimiento, me clavé al desacato del suspiro, porque me gustaron sus ojos claros y brillantes, su nariz respingada, su pelo sedoso y rubio, su aire de estar reservada para otra cosa, otro ser, no para éste que no sirve para nada.

Hice mis intentos, quien no intenta algo vive en un mar de frustraciones, pero sus padres atentos y vigilantes me alejaron de ella. ¡Qué crueles! Tenía capacidad para hacerla feliz en esa época, ya ahora es otra posibilidad que se me ha ido, como usted lo sabe, para siempre.

No era tan insensible como para dar testimonio de mi amor grabando en los árboles un corazón con su nombre y el mío, ni tampoco era tan público como para hacer lo mismo en portones de garajes y muros solitarios. No, eso no fue nunca mi estilo ni mi forma de actuar. Demasiado callado para expresar mis sentimientos y mis aficiones.

Escogí, para abonar mi impotencia, escribir mis besos hacia ella y para ella en una libreta que nunca se separó de mí, aquí colgada de mi pecho, porque mamá era una registrona y siempre fue capaz de violar cualquier intimidad, fue torpe en el arte de la intuición por lo

que se dedicaba a jornada completa y horas extraordinarias a eso que llaman indagaciones.

En mi libreta apunté los besos que disparé al aire, nunca en su cara bonita y en su cuerpo de mazorcas estructurales.

El primero fue muy simple, un círculo estrecho y cerrado:



con sabor a vainilla, que pestañeaba hacia un azul desteñido. Entonces inventé el con cosquillas, sabroso y simple:



Por aquello de las peripecias y de las desventuras, me imaginé uno que siempre fue el deseo de que no se desinfla la llanta en el viaje eterno a esa finca que todavía no tengo:



Después fue uno más bello y estimulante, con el que quise calentarle su pancita vertical y tan lisa como la uña que crece.

Me enfiebré con ese lenguaje de los besos y me imaginé el del panal a punto de hacerse una metáfora del combate defensivo:



Para que no fuera tan poco, inventé un beso con la dulzura suave y extrema de las serpientes, asómese aquí doctor para contemplar la destreza y la habilidad de penetrar labios, lengua y garganta:



Nunca fui violento, ni Dios lo quiera, tengo una estructura endeble de nido que ningún arquitecto ha superado y de telaraña envidia de las catástrofes y de los terremotos. Entonces pensé en los besos que los colibríes dan a las flores, así no más diseñé mi dibujo:



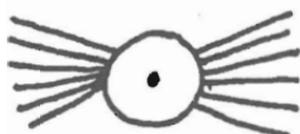
Me gusta la velocidad, es cierto, y detesto esa palabra que se llama freno, así es que con amplia libertad de semáforos, la entré por las veredas perpendiculares de las curvas, de esta manera:



Los grandes maestros míos han sido los gitanos y los gatos. Los primeros porque se desnudan ante la luna y se acomodan inquietos y hambrientos en las camas. Los otros porque nacieron aprendidos y desde muy pequeños saben de los escándalos, de las orgías y de los despelotes, siempre desnudos y atentos oyentes de lo que se hace en camas y alfombras. Vea, por favor, estos dibujitos:



Ahora, claro que me gustaban ciertas posiciones y acrobacias, como aquéllas de tener bigote y absorber los desperdicios dentales. Imagine usted como puedo alterar mi dieta:



Me gusta ver lo que estoy haciendo por el placer para el placer, por eso me pongo ojos en los labios y veo muy claro y definido el laberinto que se penetra con necesidad de aires escasos:



Como todo tiene su tiempo y estoy enamorado de las doce en punto de la noche, la beso con ganas y retumbos en una forma más o menos así:



Le he confesado en otras sesiones que amo el campo, los árboles, las mariposas, los pájaros, incluso los gusanos. Pues ahí, sorprendida y un tanto ajena, le estampé un beso de hierba, que se parecía a esto:



Ella cerró los labios con fuerza, no quería desconcentrar su silencio. Le dije que no me gustaban las flacas, a ella que era una

delgadez de siluetas disimuladas en perfiles, y me pidió que la besara con un beso flaco, algo así como esto:



No he vivido para estar encerrado, me gusta la libertad y me embriago con el viento, por eso cuando me da la gana le toco sus labios como si fueran un arpa dispuesta a ser un telar, en esta forma mágica:



Y como no soy lo que usted cree y pienso yo, somos cuerpos ambulantes con diferentes disfraces, me prendí mi música interna, ésa que habla de búsquedas y encuentros, para besarla a profundidad con mis labios siempre desnudos:



Y como me tengo que nutrir de algo, tomo sopas, cocino caldos, hago esencias, espeso aguas de cualquier cordialidad que encuentre. Lleno de esos líquidos beso la espesura imaginaria de tu bosque.

No conozco nada de las múltiples personalidades, sólo me desnudo para el baño, sólo me visto para salir, sólo me desvisto para empiyamarme y desde ahí le mando un beso maxilar lleno de piyamas que se cambian agotadas cada cuatro días:



¿Usted sabe lo que más me gusta? Caminar por el bosque, muy a la alborada, sin zapatos, para ofrecerle lo fresco, lo que mis labios blandos y lluviosos le pueden dar:



Y también me canso, ¿quién puede evitar eso?, es el efecto de la consecución sin remedio, si se hace un esfuerzo no viene el refuerzo sino el agotamiento, quizás así me desconecto de mi propia vida y la beso con la timidez eterna de los que nacen equivocados en el rumbo de sus amores:



Sin embargo, lo altanero sobresale, habla en voz alta, exagera, se hace víctima y reclama, no hay cómo parar su relato, es largo y aburrido, para llegar a la conclusión de que cada uno es un largometraje insípido en que un beso es el símbolo del intermedio:



No se viene solo a este mundo, se viene de ancestros y el mío indio de remache y parche se enoja cuando menos se piensa, se emberrincha, se calla, se mete en esos huequitos intestinos de uno mismo, enquistando resentimientos y hace úlceras de irrecompensables emisarios, entonces beso con un beso indio que desconoce los labios:



Mi relación con el mar ha sido muy irregular, a veces me atrae el naufragio, otras me conforma en mi propia aventura de pirata cojo y ciego, para verla en la estructura mínima de un pez:



dulce, muy dulce.

El temperamento no es estable en nadie, por eso nado en dudas y posibilidades como si fuera una ira contenida en sus tantos desbordes. Y la quiero, aunque esté furiosa, por eso la beso con contagio de ola y de universo.

Me compongo, me restablezco, no soy tan innoble como la gente cree, especializada en creer lo peor, para demostrar que soy eso que se denomina agradecimiento y la pinto así con ese idioma que me enseñaron los gatos sabios y catedráticos:



Doctor, aquí no termina mi relación de hechos extraños, aprendí de ellos su lenguaje de hazañas sexuales para quedar por siempre impotente:

mi mi, te necesito

au au, me derrito

miau miau, soy con vos o no soy con vos

mi i i i a o, tal vez te encuentre

au mi, ataque largo

Después de tantos largos ratos con ellos, se me olvidó cómo besar y hacer el amor, ésa es la verdad mi amigo doctor, qué podría hacer yo ante la sabiduría de la caricia y de la complacencia.

Pero eso no es nada, doctor, espérese un momento, no tengo que confesar ya nada sobre mis besos sino sobre mis orgasmos, especialmente uno que tuve sobre un soufflé de papas en que me salieron hormonas de camarón envasado.

Santo y seña de la gente corriente

Te vi cruzar la calle y me dieron ganas de pararte para decirte que sos una total hijueputa. El semáforo cambió de luz y me impidió atravesarme en tu destino. Ahora que pienso en mi intento, creo que fue vano, terriblemente estéril, porque en tu conciencia se aclararon tus disimulos de bondades y te robaron tus sonrisas postizas. He sido un tonto generoso, capaz de dar hasta lo que no tengo para tu avaricia rapaz de crecer en pretensiones de altura ante mis temores de vértigos.

Supe de tus intenciones de insultos y recriminaciones cuando no hice otra cosa que amarte plena y abiertamente por años y años que guardo en mi memoria. Ahora que reclamo mis derechos por esa convivencia estrecha en que anclé mi juventud y te exijo una pensión, me odiás con un cúmulo de rencores que nunca cultivé. Así es la vida, te esforzás en algo, lo lográs después de muchos trabajos y se derrumba todo contra tu espalda cansada.

Los veníamos observando desde hace largo rato para acabar siempre con el mismo comentario: esa pareja está al borde del derrumbe. No podía ser en otra forma, él atento, puntual y cuidadoso, demasiado para nuestro gusto, lo hace porque tiene un alto respeto por el sacrificio. Ella nos parecía un tanto descuidada, botarate y en exceso egoísta, se le ve muy claro en su mentalidad de mujer fatal el deseo de arruinarlo, de dejarlo en la calle, una mano atrás y la otra implorando.

Nunca pensé que a esos extremos llegara nuestra armoniosa relación, cuando le pedí cuentas de la última entrega de mi dinero. Me tiró dos platos de porcelana y me exigió que la abandonara, conmigo no quería estar ni un segundo más. Me confesó que le repugnaba, le

causaba empacho y que era inaguantable mi espíritu de contador público. Supe que había metido la pata sin saber cómo sacarla.

Es cierto que estuve muy desagradable y mal hablada, pero eso no era válido como pretexto para que se fuera por el barrio entero para enterarlo del contratiempo. Nunca supo callarse cuando debía y su exigencia de lástima era una buena táctica para ganar adeptos. Cuidó muy bien su imagen de hombre bueno y considerado, para esconder su violencia, su mezquindad, su pegajosa vigilancia. Traté al máximo de afirmar mi paciencia, pero todo tiene su límite.

Ahora que han roto de manera definitiva, podemos decir que cuando se ven realmente se aruñan, cuando se encuentran se escupen y de estar en un mismo cuarto lo transformarían en un vulgar ring. No creemos que ella fuera la culpable, ya separada ha adquirido un halo de santa. Tal vez él no supo dejarla ser ella misma, con sus propios gustos, extravagancias y pasatiempos. Una pareja sin hijos siempre va a la deriva, no sabe arraigarse en la responsabilidad de la familia. Alguien dijo que él era impotente y ella, tan desabrida como es, no supo inspirarle un afecto más fértil.

Fui una persona educada y me gustó complacer a los que estaban cerca de mí. Me he vuelto diferente, huraño, airado siempre, amenazante y capaz de golpear al que se me acerque. ¿Desapareció mi gentileza o volverá el día menos pensado cuando encuentre otra mujer? Todavía no puedo entender qué hice para merecer su odio y desprecio. La traté bien y con cariño, la consideré y le entregué mi total confianza. Si aquel día aciago le pedí cuentas fue porque estaba gastando demasiado y ya me habían contado por el vecindario que mantenía un hijo que tuvo antes de nuestra relación, por supuesto lo hacía con ese bombo audaz del que maneja dineros ajenos.

Se lo pude haber dicho a tiempo porque hay verdades que no se pueden ocultar siempre, pero lo sentí indigno de compartir con mi hijo. Tampoco deseaba brindarle la alegría de verlo crecer cada día

más y más. Ahora que vivo con él he comprendido que la claridad realmente ilumina sentimientos y conceptos, para hacernos vivir de manera serena y armoniosa. En cambio, el otro era oblicuo, profundamente oscuro, incapaz de pensar en la luz ni saborear su propia imagen en el espejo de unos ojos resplandecientes.

Pensamos que ella ha logrado ser feliz, hasta sonríe sin motivo y se complace en servir a quien requiere su favor. El, en cambio, se ha hecho amargo, áspero, rodeado por el descontento y actúa como si tuviera asco de vivir. Dicen que ella en el pleito del divorcio, ganó la casa y le sacó tamaña tajada de pensión. Eso le debe doler al pobre tipo que se ha tenido que acomodar en un hotel sin estrellas. En el barrio se han hecho dos bandos, los que están con él por pura lástima, los que están con ella por simpatía.

Tengo ganas de abandonar el trabajo, de por sí ella se queda con más de la mitad del salario. También me gustaría desaparecerme, esconderme para siempre para librarme de cadenas y de vidas que me son ajenas y no me importan, aunque piense días enteros en ellas. Siento una atracción muy grande por los caminos, ésos que no llevan a ninguna parte donde habita tranquila la libertad de no tener ninguna culpa, ya que sólo indagué por lo que era mío ante ella, la persona que apreció tanto y sólo estaba en espera de la oportunidad de insultarme, para después echarme como si fuera un estorbo.

Hablo con los abogados y detectives, los que me afirman que no hay forma de dar con él, simplemente desapareció de un día para otro. Abandonó el hotel y el trabajo en el más absoluto silencio. Se caracterizó por sus decisiones raras y repentinas, arbitrarias muy a menudo, así como por no darse cuenta de la hostilidad que se desprendía de sus actos, un pobre diablo perdido en el entreteje del tiempo, un incómodo reclamante de venganzas. Trabajaré para mantenernos en lo primero que aparezca.

Supimos de su desaparición un día antes de que lo hiciera. Nos encontramos con él en la calle, lo saludamos con brevedad y cortesía, pero tuvimos tiempo para leer sus intenciones. Nos vinieron a confesar los vecinos, así como ella con su hijo. No dijimos ni pío, allá cada uno con su destino, con los santos y señas de la gente corriente. Además cada quien tiene su brete y no hay que zafarle el cuerpo a lo que viene. Estamos iniciando un curso para abandonar el canibalismo, pero el vecino de la par decidió alquilar su casa pues se fue a Estados Unidos para ganarse unos cuantos dólares en el desperdicio de los servicios, en sacar la basura, en limpiar la casa, en calentar el invierno, una acostadita de pedigüeño sin sida ni nada que se le parezca. Ahora tenemos a la par de nuestra casa una pareja extraordinaria, él tiene pies de elefante y ella una mirada de cebra hambrienta, más tres hijos felinos con apetitos de ratas. No nos pueden negar el libre derecho a observarlos.

Pretextos, protestas y textos

Los juegos juegos son como los sueños, con la salvedad de que pueden generar alegatos, altercados y conflictos. Ella se embarcó en lo lúdico por el placer de desfigurarse o si se quiere de verse en esos espejos deformantes en que se podía hacer gorda monstruosa o flaca anoréxica. La familia no la podía ver, aunque poco caso le hacían, para ellos era demasiado estridente, vulgar, pendenciera y amiga de los golpes bajos, además de intrigante y ostentosamente voraz. Su hermano Diego decía que era el retrato vivo de la mujer egoísta, aunque su tío Abel, quien siempre la quiso mucho, comentó con frecuencia que admiraba su constancia, su fuerza y su tenacidad.

Ella estaba consciente de que si hubiera nacido en tiempos de guerra habría alcanzado el rango de heroína, pero le tocaron años de paz en que se debía sacudir duro para despertar y predicar la catástrofe para la siembra de las alertas, porque la gente se acomoda en los sopores, en las agruras y en las siestas con las cortinas cerradas que pretenden ser el escenario de la noche. En tiempos de paz hay un peligro enorme de engañarse con la dulzura de una vida trivial, de un consumo desmedido y de un agotar los recursos naturales. En época de guerra, que no debe entenderse como lucha armada, la presencia de una serie de dificultades y problemas se deben superar para que sobresalgan los valores residentes en la fortaleza y en el ingenio. La paz se entiende en términos que limitan y no permiten crecimiento alguno, más bien encierran en un ambiente mediocre. Todo esto lo pensó mientras diseñaba estrategias de desestabilidad y ponía tormentas en un cielo azul de verano.

Te lo dije madre y te lo repito, es antipática pero brillante, es inconforme pero investigadora, parece oscura pero posee una luz interna

que seduce. Te lo digo hijo y te lo reitero, no hay quien la aguante, a todos les cae remal, es demasiado pedante, muy pagada de sí misma, en otras palabras insoportable. Te lo predije sobrino y te lo reafirmo, no es para este país tan pequeño y oscuro, está destinada al mundo, a la luz universal, si tuviera a su disposición un buen laboratorio, un grupo estimulante de compañeros, su nombre habría alcanzado un reconocimiento general.

Nunca pude negar mis méritos, tal vez los recalaba con abundante frecuencia lo que me valió el rango de vedette y la fama de prima donna, para lo que importaban esos calificativos. Ahora que he quedado sola porque no soportan mi carácter ni la exhibición constante de mis aciertos, estoy agazapada para continuar mi juego eterno de atreverme a ser. Estoy en el principio del juego, en espera del pretexto que me facilitará la protesta y luego el texto.

Sucedió como suceden los hechos previstos en esa comedia de equívocos que a veces parece la vida. Hizo fila en el banco y cuando después de mucho esperar llegó a la ventanilla, el cajero le comunicó que se había cambiado la fórmula de depósito, que debía recoger en ese otro sitio cuya cola se salía del edificio y daba la vuelta a la esquina. Allí pidió boletas para la sección de moneda, para el pago de hipotecas y para la cancelación de servicios públicos. Al llegar a la ventanilla, el empleado se negó a recibir su depósito, lo mismo le pasó en las otras cajas con un lo siento pero aquí no se puede. Volvió a hacer fila para el departamento de depósitos, sin conseguirlo porque ahí sólo se estaban cambiando cheques. Cansada y con cierta desesperación de impotencia, organizó un acto de histeria en el vestíbulo hasta llamar la atención de guardas y otros empleados. Pidió ver al Gerente, a quien se lo negaron al principio, pero cansados con sus gritos y con sus insultos, la condujeron al despacho. Esa fue la oportunidad de desahogar sus protestas y de amenazar con escribir unos textos públicos sobre el desastre de la organización. El Gerente le pidió disculpas y le prometió que su asunto se investigaría con sumo

cuidado. El mismo le recibió el depósito garantizado por varios sellos y la constancia del día, la hora y su ejecutiva firma.

Al llegar a su casa, frente a su máquina de escribir, tituló su artículo: "Los bancos no quieren recibir dineros honrados y legítimos". Apareció resumido en las columnas de correspondencia del público. Pagó un campo para que saliera el que firmó con su nombre, número de cédula y del teléfono con su dirección. Le llovieron llamadas y cartas de felicitación y solidaridad, junto a las que le llegaron otras en que se le acusaba de ignorante y escandalosa, pues los bancos tienen centros de información en que orientan y facilitan las ccasas, se las merecía pues se le olvidó relatar que ese día el tal servicio estaba cerrado.

Se organizó para visitar los consultorios del Seguro Social, con el propósito de desconcertar a los médicos con síntomas que no sentía. Aunque apenas le miraron el rostro, le recetaron varios medicamentos y exámenes. Las medicinas no se las tomó pero sí se presentó a los laboratorios para las pruebas. Con ellas en mano volvió a la consulta médica y el doctor de turno pronosticó úlcera abierta y peligrosa más unos divertículos en vías de crecimiento. Prescribió unas radiografías y más medicamentos. Pidió cita con el Director de la clínica, y se la dieron a los quince días pues alegó que quería felicitarlo por los buenos servicios, precaución y trato a los enfermos. Mientras tanto visitó en consulta privada al médico de la familia, para que certificara que su salud era excelente. Así lo hizo constar el profesional, pues le gustaba hacer ese tipo de certificados especialmente si podían servir para obtener trabajo. Ante el Director le rogó suavemente que pidiera su expediente médico, lo que hizo gustoso, porque no había que escatimar reconocimiento. Cuando vaticinó que sus padecimientos eran normales y curables, ella le tiró sobre el escritorio el certificado de su médico particular, al tiempo que se quejaba amargamente de cómo los servicios del Seguro Social mataban a los pacientes con buena salud, no sólo con diagnósticos

que deprimen sino también con una intoxicación grave debido a los varios y contradictorios medicamentos que recetan. El director interrumpió su rabioso discurso con un voy a investigar personalmente su caso, mientras ella anunciaba su denuncia pública pues era consciente que esos servicios resultaban dañinos y peligrosos. El artículo lo tituló: "Si desea conservar la salud no vaya al Seguro Social".

Por ese entonces andaba buscando por las principales tiendas cuatro metros de manta, labrada con hilos de plata y oro. Aseguraba a las dependientas que había comprado en ese mismo establecimiento una igual cantidad el año pasado, ¿cómo era posible que descontinuaran su importación? Abrigué mis quejas en la desconsideración con los clientes, pedí cita con el gerente para plantear la posibilidad de que me hicieran una importación especial. Me oyó con paciencia y cortesía, al decirle que me quejaría públicamente se encogió de hombros con un imperturbable gesto de indiferencia. Escribí y publiqué el artículo sobre cómo el país se había vuelto precario.

Me empezó a costar encontrar los pretextos, las protestas y los textos me eran más fáciles. Ya por entonces opinaban que me había dejado el barco, el avión, el tren, el autobús y el taxi. Observé a mi alrededor y me encontré con los buenazos ojos de Miguel, tan caballeroso y considerado. No era mal partido, pensé y de inmediato olvidé mis manías para dedicarme a conquistarlo. No fue tarea difícil, bastaron dos o tres buenas comidas y mi oferta de ordenarle su apartamento. ¿Nos casamos? Lo hicimos con modestia, sin mucho anuncio, en una iglesia muy simple, con una pareja de padrinos y sin fiesta después de la ceremonia.

Todos se dieron cuenta de que había encontrado el ambiente propicio para sus juegos. Es lista, ya se los había dicho, es una complicada torturadora, me parece una pesada que desde sus

soledades se complace en martirizar a los demás, me disgustan sus procedimientos pero allá cada quien.

Las llegadas tarde, el exceso de trabajo, el roncar en las siestas y en las noches, el no contar todo lo que había hecho, el anclarse en el silencio, el criterio político, la petición de cuentas, la selección de las corbatas, la preferencia de ciertos platos, esos nervios a punto de brincar, ese amigo antipático, esa forma de contestar con pereza, eso y muchas cosas se convirtieron en pretextos que protagonizaron protestas de interminables dialécticas.

¿Y los textos? Eso tampoco terminó, pues se le ocurrió empezar una novela sobre las múltiples zozobras de un matrimonio.

Ventana de indicios sobre una ciudad perdida

La arqueóloga, ya famosa por sus descubrimientos, investigaciones y libros, sintió que su asistente en vez de ayudarle a subir la colina le estaba tocando muy sospechosamente las nalgas. Ella, a los setenta años, no esperaba una acción tan insinuante de ese joven apuesto que la ayuda en sus estudios.

Piense usted, le dijo hace menos de dos meses, lo que brindaremos a la humanidad si logramos descubrir la ciudad perdida. Creo que encontraremos escombros y fósiles, utensilios y pistas que nos permitan reconstruir algunas de sus costumbres. Ella no se fijó en sus ojos llenos de lujuria, que no se orientaban a atender su mirada sino que se estacionaban en sus pechos.

Mañana saldremos, todo está listo, dijo ella con el tono afirmativo de su seguridad en sí misma, él golosamente contenido pensó que al fin estarían libres y solos, le molestaban los otros auxiliares, las secretarías y las entrevistas con los periodistas, realmente estaba muy ocupada con tanta gente entrometida.

Debemos tener cuidado, le aconsejó en un tono que los hacía pareja, cualquier montículo puede ser una columna, entre el follaje podemos encontrar vasijas y con suerte tal vez el perfil de una pirámide. En ese instante él la besaba con una avidez desaforada.

Aquí está el mapa, es el fruto de mis investigaciones de muchos años, yo misma lo he dibujado gracias a los indicios descubiertos con paciencia y tenacidad, gracias a las señales que se han deslizado en testimonios recogidos en antiguos documentos. El no vio el mapa, vio su pelvis desnuda y encendida con los colores del fuego: amarillo, anaranjado, rojo, lila, morado.

Le propuso caminar un rato por los alrededores, antes de que cayera la tarde y se explayara la oscuridad con esas precipitaciones propias del trópico. El contestó que sí con su esperanza incontenida de aproximaciones. No sé si sabe usted que en los entornos hay muchos signos de las ciudades que se perdieron en la memoria de los hombres, a veces su lectura es difícil pero en otras nos dan indicaciones precisas.

En el recorrido no hubo novedades, salvo que ella se detuvo a excavar en un sitio de moras salvajes y por supuesto se espinó, cosa que él aprovechó para succionar sus manos como si fueran ansiosos labios abiertos.

Ella se acostó pensando en la ciudad perdida, fundada en el siglo dos o tres antes de Cristo. El, antes de dormirse, la desnudó completamente y la acurrucó a su lado, sin atreverse a tocarla, le bastaba mirarla completamente suya y muy satisfecha por cierto.

Ella en la mañana, casi en la madrugada, estuvo lista y bañada, con esos ojos curiosos orientados hacia los hallazgos. El pensó qué desperdicio, los podía poner en mí para encontrar la pericia de mis habilidades varoniles.

Halló a los cuatro minutos del campamento una vasija muy primitiva, confeccionada con barro que podían haber utilizado los antiguos por falta de conocimiento o los modernos muertos de hambre por escasez de recursos. Se emocionó hasta las lágrimas, mientras él le recorría beso a beso todo el cuerpo.

En la noche le confió que estaban a punto de reconstruir la historia de un eslabón perdido, que vendría a confirmar su tesis de que el hombre siempre había hecho lo mismo: construir habitaciones, creer en los dioses y reproducir en paredes internas lo que veía afuera. El pensó que también se habían acostado en la piedra, en la arena, en la hierba, sin temor a la fiera y al dinosaurio para confirmar el placer de la carne en la zozobra de la circunstancia.

En un arbusto enclenque, pero de fuertes raíces, ella encontró unas piedras con vestigios de camino. Vamos a seguir esta pista como Dios manda, es decir con paciente inteligencia y mucha tenacidad. El se consoló de los encorvamientos que seguirían sobre esa tierra polvorosa, poco acogedora, creadora de conjuntivitis, porque se imaginó que estaría sobre su cuerpo haciéndole el amor.

A las piedras descubiertas siguieron otras iguales, días y días de trabajo y de empeño en que ella se desorbitaba, en tanto él la posesionaba cuatro veces en la mañana y dos en la tarde antes de dormir separados.

Al final se suscitó el encuentro de una cueva con seis cráneos enteros, más grandes que los actuales, con dentaduras completas. Ella afirmó que habían hallado el camino hacia el cementerio de la desconocida ciudad, en que los hombres eran más fuertes, inteligentes y audaces que los de la actualidad. El se acomplejó mucho con su endeble cuerpo, pero se consoló con el hecho de que ella nunca tomó en cuenta sus atributos corporales.

Un cementerio no está muy lejos de una ciudad, porque los deudos quieren rendirles tributo cada vez que pueden. Se hacen trascendentales los que se van, pues ayudan desde el más allá. Además siempre ha habido una obligación de tributo a los que fueron parte de uno mismo, más civilizado que el impuesto de la renta y del consumo. El comentó para sí mismo que debía estar tomando nota de sus sabias aseveraciones, pero aquellas piernas esbeltas lo tenían absorbido en un juego de asombros y deseos.

Encontraron la primera columna detrás de una cumbre de basura fétida de siglos y desechos. Ambos comentaron que era increíblemente bella por su sencillez, funcionalidad y gallardía. Ella se fijó en su espalda, ¡qué espalda!, tan varonil y afirmativa como siempre le habían gustado. Luego miró sus caderas, tan recortadas y discretas que no pudo detener su apetito de tocarlas con la suavidad de sus manos tan

enfascadas en libros, documentos, testimonios y mapas. No pudo estarse quieta y les dedicó una caricia que él entendió como una llamada de atención hacia la cumbre de la columna, en que había un jeroglífico de más y más hay por aquí. Ya todo estaba perdido, él se enamoró de la ciudad que se anunciaba, de sus posibilidades y de la fama que adquiriría. Sólo quería excavar y encontrar. Ella en cambio no le dio importancia a los descubrimientos, estaba tan acostumbrada a confirmar sus intuiciones, pero aquel cuerpo tan real y vigoroso, con esos genitales tan viriles y mañosos la enloquecían de verdad, mientras él tenaz y científico sólo seguía con amor los indicios de una ciudad perdida, ella que había encontrado tantas como relató en sus múltiples libros, se distraía en otros asuntos.

El se despidió fríamente, estaba convencido de que era un obstáculo mayor en su afán de descubrimientos. Al darle la mano le preguntó sobre el porcentaje de sus derechos, en tanto ella se desbordaba en sus apetitos. Sus ojos le parecían sublimes, sus manos agentes de delicias, sus piernas policías de transporte a los deleites, sus labios excavadores del no puedo más allá porque la profundidad y la altura me marean. El, discreto y civilizado, le recordó su edad y la suya, le habló de su novia de dieciséis años y la reposó en su fama de lenta descubridora de lentos indicios de ciudades perdidas.

Ahora, por supuesto, tienen un pleito infinito de quién fue quién en ese mundo salvaje y selvático de los hallazgos y ella, la pobre sensible de las tenacidades sigue empeñada en que el coito es posible, en el momento en que él hace inventario de sus arrugas, de sus flaccideces y del decadente registro que correspondía a sus setenta años, ahora que él entraba en sus primeros treinta.

La ciudad perdida les hablará de eso. Resulta que después de construida, con el esfuerzo y la fe del pueblo, un terremoto la destruyó. Fue de cinco minutos intensos, porque según averiguaciones de sabios una vieja bruja lo había previsto en una lectura minuciosa del cielo empedrado.

Cuando ya se iba a dictar sentencia en el juicio legal de la autoría sobre el descubrimiento, ella alucinada por sus ojos capaces de desnudarla en un santiamén, confesó que él, ese joven tan apuesto, la había invitado a acompañarlo en una excavación que se haría en un lugar lejano. El, ese adonis tan espectacular, era el dueño de la hipótesis, de la tesis y del hallazgo. La confesión fue desenfundada y el asistente, muy parco en sus gestos, pensó que lo estaba desvistiendo una momia de otros tiempos. Cerró los ojos y con las manos se tapó el sexo.

Las esculturas en juego

El que pretende ser artista empieza sólo por hacer y probarse. Se dijo mil veces, únicamente quiero hacer algo con mis propias manos. Era una forma de telefonar a su conciencia, que luego se conectó con su inconsciente y con su alter ego. A lo mejor pego y me hago famoso, entonces me pierdo de vista. Por ese azar de tensiones y ganas de triunfo, se fueron confundiendo las líneas telefónicas, unas voces extrañas le hablaban de victorias y otras de fracasos.

Mientras habla con su conciencia, se interconecta la ambición, no el sueño, y eructa el éxito. Esto lo sé porque lo conocí desde que era apenas un chiquillo y ya estaba lleno de aspiraciones, ser famoso le quedaba corto, tener dinero le venía flojo, lo mismo que dar autógrafos y acceder a que lo fotografieran con sus múltiples admiradores. No había límite en sus agudos deseos, siempre que se realizaran sin el menor esfuerzo y de manera repentina.

Empiezo con el barro, el material sublime de nuestros antepasados que nos legaron vasijas, ídolos, adornos, trastos, en esa labor incansable de las abejas, pero el barro hay que prepararlo, ¡qué pereza!, hundir las manos en esa melaza y esperar a que se ponga a tono. Así me pasa lo peor para un escultor, de un solo güevazo se me descllan los dedos y las palmas.

Esto lo sé también porque lo vi de adolescente con sus manos engasadas. Además tenía en sus ojos una mirada rencorosa, porque su esfuerzo no había valido, más bien fue invalidante. En tono amistoso le dije que pronto se recuperaría y le aconsejé que buscara un material más generoso, como la madera blanda. El se encogió de hombros, que es una forma de decir tal vez. Después lo vi frente a la piedra.

¡Qué jodida más dura! He estropeado una docena de gubias y ni siquiera se abre al gesto, al perfil, a la fisonomía. Esa obra me ha costado un dedo y todavía no es ni el arrimo a algo que dé un indicio de lo que deseo hacer.

Por esa época lo vi con la mano derecha vendada, se le fueron de intento en intento los cinco dedos ágiles y diestros. La gubia filosa, como era natural, no distinguió diferencia entre lo que esculpía y lo que estaba sosteniendo el instrumento. Le recomendé una serie de ejercicios para habilitar la izquierda y le recordé lo de la madera suave. Por un tiempo dejé de verlo y se me apareció de repente con muletas.

¿Quién me podrá vender unos troncos podridos, fáciles de esculpir con una izquierda débil y analfabeta? Me sumerjo en un leño habitado de comejenes y la gubia se me cae en el centro del músculo. Creí que era cosa de alcohol y yodo, pero la herida era más seria de lo que pensé. La gangrena no se hizo tardar, llegó oportuna y se llevó la de andar derecha. En el hospital me prescribieron abandonar el oficio y dadas mis condiciones buscar brete de guarda o de regidor municipal, ya más rencoso no podía andar.

Cuando lo vi con sus muletas, me dieron ganas de llorar, pero me habló de sus ambiciones y de sus ganas de triunfar lo que me consoló un poco. Le propuse la pintura porque es más fácil, salvo que puede intoxicar y joderte un poco. Nunca pensé que pringaría con sus pinceles el ojo derecho que dejó de mirar recto.

Con estos anteojos oscuros me refugio en lo negro, la incertidumbre en retrato, la peligrosidad del abismo, por eso me tiemblan las manos y las piernas y le tengo miedo hasta a las moscas, no mencionemos a los animales mayores. Se me ocurre que aún tengo alternativa si me refugio en el bronce, para el que sólo debo llevar el diseño y que el fundidor se encargue del resto. Nunca pensé

que las muletas entorpecieran el paso hacia las consultas de detalles en el momento más fuerte de la ebullición de los materiales.

Lo sacaron hecho escultura patética de bronce, casi vivo aunque con ese gesto de muerto que nunca acaba de despedirse y lo entierran con un adiós indescifrable, dictando a una taquígrafa invisible eso fui yo con mis ambiciones y sueños, para vivir otra vez en la cima del deseo intenso y la fama repentina sin hacer el menor esfuerzo. En esa forma viven y se prolongan tantos pretendidos artistas.

Lo conocí desde que era casi un niño y nunca pensé que lo enterraría tan rígido en el centro de sus anhelos, ahí donde quiso ser escultor sin obra completa y válida. Para que no quedara en el anónimo en la tumba se puso su nombre y oficio. Tal vez algún investigador curioso daría fe de los esfuerzos que hizo y resultaron vanos.

Del sí y del no

Con un dejo de bisabuela triste y gruñona, me lo advertiste, te vas a morir de próstata imprevista y rellena, sin espacio para nada, en plena juventud. No era extraña su advertencia, sabía por las señales húmedas en la cama lo que hice, mientras pude, al convivir con la noche y encontrarme tan solo, tan abandonado, tan poca cosa. Me reí ante sus ojos semiciegos de oscuridad y de profundos presagios peligrosos. No, eso no me pasará, me cuidaré con ahínco y buena higiene, me lavaré por lo menos una vez por semana con precisión y detalle, y no me digás que estoy enfermo porque eso me derrota de antemano. Y como me observan tan de cerca decíles cualquier cosa, que tengo sarna y además hongos, tal vez eso tan trivial, común y pasajero, las tranquilice mientras indagan sobre medicamentos, hierbas y otras majaderías. El cuerpo aguanta lo que puede, por lo tanto resulta innecesaria la receta y vana la consulta con los especialistas.

Me confesé con unas ganas de asustar al confidente que nunca se inmutó porque sabía de casos muy graves y difíciles, ante los cuales no era más que el fruto de intensas y repetidas llamadas de atención. Me definí como un mapa de enfermedades ante los ojos vigilantes de mi madre, mi abuela y mi bisabuela. Si me dolía la cabeza, me llevaban a los exámenes requeridos para descartar un tumor cerebral o un aneurisma, si me dolía el estómago me convertía en un fotogénico expositor de tripas, si tosía me llenaban de vacunas y así puedo seguir el cuento de nunca acabar. Sé que a cualquiera le puede pasar lo mismo, pero a mí me jodió tanto cuidado y tanto miedo, por eso crecí con terror y con ese sentido trágico de la catástrofe encima de mi cabeza.

Nunca pude tomar mis propias decisiones, las tres de manera unánime disponían por mí, por mis gustos y por lo de mejor conveniencia, así como por mis debilidades y las posibles enfermedades que me podían acontecer, innumerables afecciones de los riñones, del hígado, del páncreas, del asma y de la diabetes. Nací en el signo de la crisis y del derrumbamiento, porque así lo asentó mi bisabuela tan pronto estuve recién nacido al pronosticar que mi pene encogido y chueco sería una desgracia para una familia sana y normal. En ese momento se le olvidó su diagnóstico de que mi tío sería un tullido a los siete años y pasó de esa manera por lo que aún anda refugiado en su silla de ruedas, que felizmente maneja con habilidad y eficiencia.

De los encogimientos sobreviví gracias a mis ejercicios nocturnos, pero lo de chueco todavía perdura con una constancia digna de oficios más concretos y eficaces. No me lo diga, lo sé, hay peores casos que el mío, hay en este mundo tantos pendejos sin el valor de salvar esta contaminación profusa y contagiosa.

No vendré más, no es necesario, ya decidieron mi matrimonio con esa cara de enfermera desvelada que seguirá la vocación de mando que ellas poseen. Mi destino ya está definido, lo hicieron ellas por mí y dije sí, claro que sí, juré lealtad en la vida y en la muerte, pero estaba realmente ajeno al compromiso y al casi ineludible fallo divino. Unas ganas de ser me empezaron a crecer junto a unas barbas que mesaba lascivamente.

Claro que fui hijo único, nieto único, bisnieto único, sin vocación para manejar heredades únicas, ni para atreverme a hacer lo que me diera la gana.

Para qué decírtelo, querida mía, ya lo sabés, a lo mejor te pasó lo mismo, me educaron en la cultura del sí y del no. Sí a todo lo que me fastidiaba, me hacía más enano, menos hombre, más réplica de parientes inválidos, más testimonio de derrotas ajenas y propias. Me

dijeron no a cualquier intento de ser autónomo, independiente, libre, risueño ante las felicidades pasajeras, cargado de esperanzas frente al tiempo, constructor de sueños, almacenador de mejores futuros. Ahora sé que estoy bien, ya me he estabilizado. Mi generosa enfermera, producto de la misma cultura, sin saberlo ella, me afirma y me niega ante cualquier atrevimiento de ser yo mismo. Es un juego de osadías y temores, en eso se va la vida, reluce la verdad tremenda que no todos entienden. Demanda, cómo demanda, esta señora mía de la sopa, de las gasas, de los ungüentos, de las píldoras y de las alentadoras vitaminas, que le haga el amor tan pronto como me despierto, en la hora de la siesta y apenas cuando se cuaja la noche. Y la complazco como puedo con ese miembro tan encogido y chueco como lo predijo mi bisabuela con su voz de borracha sobria.

Claro que no hemos tenido descendencia, no podría ser capaz de traer a este mundo de decadencia y desgracias a un niño que repita mi historia, además hasta ahí no me llega.

La no originalidad

Desde que se enamoró de la innovación y el experimento, probó la mayor variedad de intentos, desde imaginarse el vacío hasta ensayar la plenitud de formas y colores. No triunfó de pronto, fue más bien poco a poco. A su primera obra se la acusó de barroca y esa tendencia era de muchos años atrás, cuando con afán de imaginar cosas nuevas se mandaron recetas de exceso en adornos. Ella se despistó por completo, ¿cómo era posible que se ignorara en el trópico el esplendor barroco de la naturaleza y de las personas?

Trató de entender y sentir lo abstracto, aunque no estaba dentro de su carácter porque lo geométrico siempre le pareció un ejercicio meticuloso y frío. Sin embargo, tomó medidas para colocar en el lienzo rayas, triángulos, cuadrados y rectángulos. Terminó quemando sus obras, en una pira en que se hicieron ceniza sus afanes de imitaciones y sus pretensiones de estar a la moda.

En el arte lo sencillo y lo sincero descartan las vanidades y las mentiras, porque transparente es la verdad, pensó ella sin utilizar la brújula de los conceptos. Caminó por la montaña para observar los árboles y arbustos, animales que se atravesaron, ese olor de humedad que enriquece los paisajes, ver esos vientos de polvo que a veces se sienten en las pinceladas y no ensucian los colores. Bajó a los ríos para llenarse de los rumores que atropellan las piedras, de las habilidades que lamen orillas y hacen bailar a los helechos. Subió a los volcanes para oír su inestable furia, para oler el azufre y untarse las manos con viejas lavas. Se perdió entre las altas mieses de las llanuras para soñar que poseía el alto poder creador de la tierra y una buena parte de la fertilidad que nace de las lluvias.

Ya en su estudio, sin siquiera la ayuda de un espejo, sus limitaciones se hicieron presentes y la asfixiaron un poco. ¿Podría o no podría reflejar esas imágenes tan fuertes y tan ciertas? Un intento tras otro la fue sembrando en el fracaso, para confirmarle que las sensaciones no se pintan y que los paisajes no se captan sin una luz interior que los ilumine.

Cansada de tantos esfuerzos vanos, se concentró en la figura, en esa forma de ser que refleja el cansancio, la melancolía, el deseo, el instante del encuentro, la enseñanza del olvido, la obvia perspicacia y el encuentro con el destino en un paraje perdido. Era mucho material, de eso estaba consciente. Visitó hospitales para contemplar las caras de los moribundos tan pálidas y huesudas, con retazos amarillos, una sequedad de pieles arrugadas, una contricción constante en los rostros por problemas de ahogos y flemas. Los agonizantes son difíciles de captar, están muy metidos en esa aventura final entre la vida y la muerte. Consiguió modelos bellos y feos, fotografió pordioseros, se encariñó con prostitutas a las que dibujó en bocetos ligeros mientras trabajaban en sus esfuerzos de busconas. Le fascinaron los niños con sus juegos movedizos en los parques, asomados en las ventanas para saciar sus curiosidades obsesivas, parados en las puertas en espera de oportunidades para avanzar en el conocimiento de la vida. Aprendió a presenciar los accidentes para ver las caras heridas y convulsionadas, con gesto de dolor y de queja. Las amas de casa le atraían, sobre todo cuando hacían compras porque en los rostros se pintaban los cálculos y las oscuras posibilidades de economía. Entonces le vino la pasión por los vendedores, sobre todo en esa avidez que reflejaban cuando subían los precios y daban mal los vueltos. Los captó en la rapiña de sus disculpas y en sus alegatos de malos entendidos. Los perfiló en el santiamén de sus bocetos, pero se le enconaron en su alma como unos descarados vividores de la necesidad humana. Luego se embriagó con los gestos de coquetería y de búsqueda que encontró en las discotecas, pero no pudo hacer apuntes porque el ambiente

estaba oscuro y cargado de humo. Se grabó en la memoria los ojos con promesas de ratos alegres, inolvidables y los labios con repiques de en este momento es mejor disimular lo que alguna vez fue un rato sin memoria.

Cuando hizo los primeros trazos de aquellos recuerdos, apuntes y fotografías, una amiga le señaló que estaba en camino hacia el neorrealismo en boga en los países del norte y en Europa, el último grito de la moda, muy bien cotizado y con atrayentes expectativas de especulación. No le dijo, eso es cierto, que se le catalogaba como un arte capitalista que desvalora la imaginación individual y el acto creativo de protestar contra todo. Al presentar su exposición los más avezados críticos locales la acusaron de devaneos ideológicos y de calcar las modas.

Completamente desconcertada, pensó en abandonar las telas y los pinceles, pero algo más fuerte que ella la obligó a imaginar nuevas experimentaciones. Decidió recorrer sin otro rumbo que la novedad y lo extraño esta tierra tan poblada y conflictiva. Se perdió en las calles y avenidas de Nueva York con su miedo a los asaltos y violaciones, en Londres sepultó sus angustias inglesas en un cafetín de mala muerte, en Madrid recorrió el Prado como si no fuera con ella la lección de los maestros. Roma la caminó con el gesto altivo de una duquesa sin título, en Florencia se resbaló y con un pie torcido se le volvieron tormento los recorridos por museos, plazas e iglesias. Ligó en Piza lo torcido a la mala suerte y con un orzuelo de nostalgias internas no apreció la belleza de un París siempre adolescente. En Brujas se internó en una clínica privada para lamerse sin vergüenza sus múltiples desconciertos profesionales y cuando se encontró con Brugel el viejo, pensó que sus cuadros eran muy pequeños.

De regreso a su país, estaba más insegura, tantos intentos y todos en vano. Decidió salir de la escena, no había campo para ella, convertirse en una decoradora de su propio espacio, pero su destino

no lo mandan los que lo viven. Empezó a desteñirse, a obsesionarse con los blancos y un poco de gris, con los pálidos colores de la desconstrucción y un tanto de negro, con unas líneas poco insinuadas y con fuertes rasgos de adivinanzas, usó los desvanecimientos de los paros cardíacos y de las embolias cerebrales. Ahí, en esa tendencia de necesitar una alegría comedida, en alguna pared grande y austera encontró su más rotundo éxito.

Le iba bien y estaba contenta, pero llegó un experto internacional y la calificó de mediocre, eso lo venían haciendo desde el siglo quinto antes de Cristo los pintores primitivos que carecían de colores y sobre el blanco pintaban abstractos compendios de sus observaciones.

La cara clara de los hombres oscuros

No te lo dije nunca, es cierto, pero lo sabías desde antes de conocerme. Admito que no fue un escándalo, tal vez un escandalito que duró casi seis meses, cuando no me di cuenta de nada porque andaba lejos y anónima en mi aventura con ella, la mujer que luego contaría con lujo de detalles mis devaneos y mis delirios. ¡Cómo caí tan vertical y gozosa hacia el precipicio! Si ahora te lo pudiera explicar me sentiría feliz y plenamente realizada, pero no encontré las palabras que iluminaban tu memoria.

En verdad lo sé todo y admito su rechazo a mi caricia y a mi insinuación, pero a su par estoy entrando en la historia y eso me interesa, no seré en el futuro un desconocido, un ser anodino que se brinca en una carrera de obstáculos. Además la quiero y me gusta cuidarla en sus crisis, en sus intentos de suicidio, en sus estrategias de anularse en la imposibilidad de sus genialidades.

Ellos entraron y me declararon en un lenguaje bárbaro que era extraña, inusitada, una tipa diferente en todo hasta en la indiferenciación, por lo que debían eliminarme y eso sucedería con la suavidad de los accidentes que te hacen desaparecer bruscamente, con esa fatalidad de mantequilla infantil en que te dejan amarrado por puro olvido en el árbol de las banalidades. Así me dejaron a mí y vos siempre lo supiste, he ahí la razón de tus pretensiones y de admitir mis incansables caprichos, hoy la tarta de coco, más tarde el palmito en escabeche.

Supe que la querías más que a tu vida misma. Entonces la observé tenue y descaradamente, hasta sentirla incómoda de mi vigilancia constante. Una cualquiera trepadora, que como en los árboles, busca sustento y fama en los logros de los otros, una que cree

en la simbiosis porque se acerca a los grandes, una pordiosera que se instala en los palacios, una pedigüeña devota del Cristo de las codicias.

Ellos nos estaban observando desde el fondo oscuro que tienen las cosas, desde la sombra que se tiende como un espejo en la abierta invitación a la penumbra. Te sentí molesto con esos extraños observadores, los falsos testimoniadores de mi falsa historia. Lo sucedido no pasó como creen y comentan, fue muy complejo y difícil de entender porque viene de una infancia terriblemente triste, en que se me negó todo, hasta creer que mi nombre era no. Sólo sentía la necesidad de tener algo propio, algo mío por entero, que nadie me pudiera quitar o desaparecer. Ella llegó en ese momento apropiado, con su aire de orfandad y de abandono, casi sin ropa ni bien alguno, sitiada por las ideas más negativas de la humanidad. Quise dar un poco de luz, eso es todo, y todavía no entiendo por qué era un pecado mayúsculo que me condenaría aún en vida.

Te vieron de reojo y se imaginaron la escena, vos desnuda en una cama y ella en tus brazos, desvergonzada mujer que te aprovechabas lascivamente de las oportunidades y de las circunstancias. Ellos me lo contaron en una llamada anónima en que hablaron los dos con una voz envuelta en pañuelos, que me confiaron relatos diferentes sobre tu ignominia, uno decía que te vieron regocijarte con ella en un motel, el otro me señaló que en la cama de tus padres ya difuntos le hiciste el amor con una avidez desaforada y ella, pobre inocente, te respondió con su ignorancia virgen, toda ignorancia es virgen me advirtieron.

Los he sentido constantemente tras de mi espalda, como espías aficionados al canibalismo humano y no les di importancia porque la vida me daría tiempo de contarte mis verdades. No supe entonar mi reloj al tuyo, de silencio en silencio se me fue la vida sin saber que se me iba yendo. Qué claras son las cosas cuando ya han sucedido, como en el caso del accidente en que no supe ni ya importa si me fallaron los frenos o si se quebró el engranaje de la dirección.

Ellos, los sombríos hombres que se levantan apenas aparece el alba, comentaron en un periódico sensacionalista que venías borracha, drogadicta, irresponsablemente ida de este mundo cuando causaste la muerte de una pareja con sus dos niños. Se abstuvieron de señalar que también vos, mi inolvidable y querida esposa de tantos años, habías corrido el mismo destino. Te había advertido que al automóvil le pasaba algo extraño, que sonaba a ruido raro, pero estabas distraída y no me oíste porque pensabas en tus confesiones tan claras y evidentes para mí.

No te lo podía decir, es verdad, porque era como quitarme la piel de encima, desollarme entera, quemarme en un incendio inexistente y abrirme heridas que quería olvidar. Vos lo entendiste por eso me detuviste al borde de la confesión con un mañana estarás mejor y más despejada. Ella se fue simplemente, lloró un poco y después se sonrió con su irónica resignación de siempre. Ellos atentos miraron a través de los visillos y fundamentaron argumentos sobre mi crueldad y egoísmo. Dejarla así, tan despóticamente, cuando apenas gateaba en la libertad del sobreviviente.

Tus culpas siempre las supe, tus tentaciones me eran tan obvias, tus desviaciones tan curvas perfectas, que apenas sostuve tus largos silencios imperfectos con la simetría de mis discreciones. Te quiero y te quise siempre en el abismo de mis miedos que son más fértiles que la hojarasca y los remordimientos. Ellos me avisaron que buscabas la muerte en un acto de vedette que no se cansa de fotografiarse. Así apareciste en los diarios, desparramada en múltiples heridas y totalmente muerta.

No te lo dije, no me atreví a decírtelo porque los hombres del atisbo ya te lo habían informado, ellos que lo saben todo menos la deriva del afecto, la causa profunda de por qué así y de por qué no así, de los momentos en que las debilidades se agigantan. Ellos reportan sobre lo superficial, nunca saben nada del alma y de sus quiebres. Por favor, no les pongás oídos porque son los hombres

siniestros de la inventiva nefasta y malévolas. La amé tiernamente, no lo niego, le di la bienvenida en mi casa, no la introduje al antro de la suciedad y de la prostitución, no se la alquilé a nadie, siempre respeté sus recuerdos silenciosos. Quizás me conmovió su maternal anhelo y fui un tanto su madre ejemplar, la que no reclama ni se queja, espera oportuna la fiesta del gran dolor.

Ahora que estás aquí en la capilla ardiente de tu último día, debo confesarte que nunca me importó tu desvío y lo que comentaron los hombres de cinco caras, siempre en la sombra, y los de dieciocho manos empleadas en el asalto de los prestigios porque están afiladas en el centro de la infamia.

Ahora puedo confiarte que nadie me hizo más feliz que ella, sabía de mis carencias, de mis desafectos, de mis hambres, de mis primitivas necesidades y les brindaba un banquete austero porque suculento no lo podía admitir yo, tan parca en ademanes y en rebuscados vocabularios.

No me lo dijeron ellos, los señores oscuros de las noches prolongadas, me lo dijeron tus ojos, tan atentos de ella, con una mirada humedecida y discreta que lloraba por dentro. No era necesario que me dijeras nada ni me aclararas lo que anotaban los hombres entrañablemente oscuros, te sabía incapaz de lo imposible que habitabas como si fuera un doméstico domicilio. Además, a pesar de que nunca te dije sobre el significado de mis ausencias y evasiones, te sabía frecuentada por recuerdos que era incapaz de revivir. Te me fuiste sin decir nada, en pleno silencio, pero sabiendo lo todo sabido desde la exageración hasta la parca e inexpresiva realidad. Fue un hecho, nada más, quizás un encuentro inesperado que se prolongó más allá de lo previsto. Carecía en esas circunstancias de lo indispensable y ella era una solemne precaria. No quisimos enlazarnos en una relación permanente, eso era muy burgués y medioeval, apenas unas caricias y adiós con la buena educación de lo decadente.

A pesar de lo que me dijeron esos hombres oblicuos y apestosos a mala influencia y poco baño, esperaba de vos una palabra, un signo de que me amaras, lo otro me importaba un trasto, al fin y al cabo por vivirse están nuestras vidas, juntos y solos sin esos trágicos coros griegos que anuncian lo peor.

Nunca pensé lo peor, aunque ellos me telefonaron, siniestros como siempre lo fueron, y me notificaron que había comprado una pistola, jamás me imaginé que la habría usado contra vos, tan angelical como la veía desde mi concentrada miopía. Cuidadosa como era sólo te disparó dos tiros al centro de tu corazón, con tal acierto que tu sangre no se derramó en la costosa alfombra pérsica.

Me pudiste advertir de sus excesos, de sus paranoicos celos, pero simplemente callaste sobre el fervor de sus fermentos. Creíste, oh ingenua mujer, que desconecté los frenos para que te mataras mujer de mis amores con cuatro desconocidos, completamente drogada como escribieron los hombres de la mentira que te vieron a través de sus anteojos negros.

No te llegó mi noticia, ya te había tirado a matar la loca de mis hervores, hombre de horas llenas de ascuas y de ayunos, apuntado en la espera de otras oportunidades y aperturas que siempre fueron grises y menguadas.

No te llegó la noticia, tan triste y desavenida, tu amante me desligó de los disparos certeros al corazón mientras tu automóvil se estrelló frente a otro en que iban sonriendo dos niños. Los oscuros hombres escribieron, en un ligero pasatiempo, que en un colectivo divertimento compramos pasajes a la eternidad.

Baladas de azul envidia

Con esa voz rotunda, imperativa, de transparente voluntad tan española: si deseas lo grande, obtendrás lo grande; si deseas con azul envidia, encontrarás lo más pequeño posible. Tenía un tono verde que le llegaba al estómago y le ardía con un dejo de cantejondo. Lo recuerdo como si lo estuviera viviendo hoy mismo, con su gesto autoritario y esa bondad que se le descolgaba de sus ojos negros, siempre bien abiertos y curiosos, atentos a lo que estaba cerca y a lo que parecía muy lejano y encubierto.

Ahí mismo lo decidí, me iba a dedicar toda mi vida a escribir lo que llamaría baladas de azul envidia. ¿Por qué baladas? Creo que te lo he contado más de una vez. Pensé que podían ser sentencias que se cantarían de muy diferentes maneras, unas al modo del baladista que protagoniza el texto como si él lo hubiera inventado, otras se podían recitar al fondo de un canto gregoriano, hasta incluso era posible instrumentarlas en el tono de salsa o del hot rock.

Sin embargo, no escribí ni una sola palabra, aunque pensé en muchas, la fluidez me llegó después de que murió mi padre. ¿Usted sabe lo qué le pasó? Un 28 de diciembre, un grupo de sus amigos más íntimos, muy apesarados y realmente conmovidos, le dieron la noticia de su casa incendiada con todos sus familiares adentro. No se pudo salvar ni uno. Mi padre palideció y empezó a temblar, así cayó bajo el rigor de un infarto total.

Después de esta tragedia, que conmovió a mi familia, a la colonia española y a mí profundamente, me hice cargo de los negocios paternales, no pocos por cierto y muy complicados. Salí bien, usted lo sabe, y me convertí en poco tiempo en el as de las cosas bien pensadas y mejor hechas. Empezaron entonces los rumores de que

mis manejos no eran muy santos y mis intenciones malignas me orientaban a dejar en la calle al resto de la familia. Me mortificaron mucho esos comentarios, que me confiaban pseudoamigos quienes aclaraban de inmediato que no creían para nada en esas difamatorias especulaciones y siempre venían de gente sin cara, sin nombre y sin dirección. Me acordé entonces de mi vocación a escribir las baladas de azul envidia.

¿Por qué azul? Ese color siempre se disfraza de inocencia y en la voz anónima hay una pretensión de aparecer inocente, uno más entre la multitud, un observador escondido que atisba hasta tus más íntimos pensamientos, un hurgador sin rostro que apenas si se atreve a balbucear lo que ignora. Además a ese azul de cielo despejado, resulta difícil pintarlo con la transparencia de su claridad, con la pureza de su contorno limpio, con el reposo armonioso que encierra y esa esperanza que extiende hasta los rincones más hostiles y húmedos. Y como si fuera poco, los pintores que logran azules puros, esbeltos, válidos por sí mismos, con un peso leve que los afirma, pronto se hacen famosos y ganan mucho. Por otra parte está el célebre "Pájaro azul", que hasta ahora sigue vigente como obra perfecta de Maeterlinck. Y, ¿qué me dice de "Azul" de Rubén Darío? Eso sin contar con los azules que han embellecido las creaciones de los poetas con rasgos de mágica realidad, también han fortalecido las narraciones con ese ligamen entre la tierra y el cielo, entre lo temporal y lo eterno y entre el ahora y el más allá.

Me reuní con mi familia, los enteré de lo que me estaba pasando, cosa que ya sabían y se les notaba en sus miradas desconfiadas, deseos recelosos de informes y auditorías, reclamos inconformes del poco contacto que había entre ellos y especialmente esa forma extraña de rehuirlos y evitarlos, nunca lo encontraban en la oficina y jamás devolvía llamadas. En otras palabras, la azul envidia había invadido sus cuerpos y espíritus. Les contesté con una paciencia y calma que no reconocía como partes mías, seguramente Dios me las

había prestado, que vine a renunciar a mis cargos y proponerles que escogieran a otro a quien prepararía en los tejes y manejes de los negocios, para luego retirarme con la conciencia tranquila. Por último, les agradecí su confianza y el haberme ayudado a ser víctima de la envidia que carece de enfrentamientos y de verdades.

Escribí por aquel tiempo lo siguiente: Nunca te acerques con falsas admiraciones a un pino y no te embriagués con su perfume eternamente ajeno a tu cuerpo. Recordá que tiene bellotas con espinas y hojas largas, filosas, que cortan sin quererlo. Después: No tratés de empuqueñecer al grande, lo harás gigante y más fuerte en tu intento. A quien tiene capacidad de crecimiento, nadie lo podrá detener en esta vida y en la otra. Más adelante: Desembarcá tus falsos testimonios de admiración frente al creador, junto a tus negaciones de valor ante los que también lo envidien, porque eso te limpiará de esas sombras y falta de esfuerzos que tanto te limitan. Enseguida: El reconocimiento justo y oportuno es lo que más engrandece a la persona que distingue muy bien el orden que existe en una escala de valores, en que los primeros puestos se ganan con base en la habilidad, la práctica y el sacrificio. Seguí: De tanto mirar a la superficie, intensa y constantemente, nunca se encuentra la profundidad. También: Cuando realmente se quiere a alguien, se le apoya en sus peores y más deprimentes momentos, nunca se lo deja solo.

De todas estas cosas le he hablado en una confesión que parece interminable y exige una respuesta. Entonces le largo otra sentencia, que ya tiene música y orquestación: Los ascetas desconfían del halago fácil y del reconocimiento ligero, viven solos y gustan del silencio, son muy discretos y evitan las palabras vanas, hablan con ellos mismos y con Dios, no gastan esfuerzos en ser mejores que los otros ascetas, aceptan críticas enraizadas en la sinceridad y las contestan con argumentos claros y legítimos en donde se expone la transparencia de una vida solitaria, en la que no se espera premio alguno ni recompensa que altere su voluntad.

Ahora sí, espero su contestación. Creo, amigo, que su forma de vivir está errada en varios sentidos: se cansó usted muy rápido del conflicto real que se da en lo cotidiano, o sea de ese enfrentamiento constante entre lo bueno y lo malo que existe en cada ser. La envidia es parte de eso y hay que aprender a soportarla, a crecer con esa cruz que te colocan en la espalda, nunca de frente, comúnmente por atrás y en la oscuridad, manos anónimas, escondidas en los terribles reclamos que hacen a Dios los enanos ante la existencia de los grandes, los limitados frente a su convivencia con los inteligentes creadores. También se equivocó en el tono airado de sus sentencias, hay mucho odio en ellas y bastantes incomprendiones, poco amor por sus semejantes débiles, frágiles, incapaces de admirar los valores de otros. Además, su rompimiento con su familia ha sido injusto, ellos se han sentido culpados de una interpretación equivocada de parte suya sobre actitudes de simples explicaciones que le pidieron, lo que era natural y lógico, no una guerra como usted lo entendió. Ahora, permítame una pregunta: ¿Por qué usted tan callado, tan solitario, tan aparte de todo, me ha venido buscando para hacerme estas confesiones íntimas?

Es muy fácil entender por qué las pistas me llevaron a su casa, a sus amigos del parque, a mis parientes, y sin mayores averiguaciones supe que era del grupo de hombres serios que dieron la noticia a mi padre del incendio de su casa y toda su familia muerta, aquel fatal 28 de diciembre. Después supe de su pasión por los chismes y confusos rumores que ponía a galopar con velocidad de carreras entre casas y calles. No soportó nunca que a alguien le fuera mejor que a usted. ¿Por qué diablos se encontró conmigo?

No es usted el único ni yo el exclusivo, siempre formamos bandas como esos loros que van gritando alegremente por el cielo hacia el norte. Padezco de la pasión azulada que usted describió con tanto brillo. No tengo otro comentario que hacer, me despido deseándole lo mejor porque en su caso fallé, sin familia, sin

responsabilidades, ha sido hasta ahora un hombre feliz, de sus fracasos ha sabido hacer victorias, de las frustraciones que le impusimos logró una independencia de creaciones. Sólo me queda una gran duda, usted que conoce tan bien a la envidia y podría hacer un tratado sobre ella, ¿no la habrá padecido con intensidad alguna vez?

El agonizante siempre puntual, sólo hizo esperar una hora

Don Remigio fue un buen jardinero, llegaba a la hora convenida los días previamente concertados y trabajaba sin parar aun cuando escuchaba las órdenes del mayordomo, continuas y tontas, de traslade esas plantas para allá y esas otras para acá, porque estaba acostumbrado a obedecer las instrucciones ignorantes de los que nunca habían tenido contacto con la tierra y sus secretos. También se iba puntual a la hora en que se acababa el contrato de su faena, sin dejar de recoger la basura y de despedirse ceremonialmente de los otros empleados, quienes tenían gentilezas y cortesías con él como el café de las diez y el pan con mantequilla de las once. Es cierto que nunca se le invitó a almorzar porque la patrona se levantaba tarde y el almuerzo se servía a deshoras cuando él había terminado su jornada.

No la conoció, jamás se asomaba por el jardín, le comentaron que era artista y trabajaba hasta la madrugada. Tenía los tiempos invertidos, dormía la mañana entera, desayunaba a las doce, le servían el almuerzo a las seis de la tarde y la comida después de las doce de la noche. Pensaba en lo extravagante que puede ser la gente que no necesita trabajar desde la madrugada y en forma obligatoria, sólo lo hacían durante el capricho de divertirse un poco para ver que se logra.

Don Remigio le tuvo siempre un enorme afecto porque le aumentaba el salario generosamente cuando menos lo esperaba, le daba aguinaldo dos veces al año junto a un útil regalo que podía ser una camisa o un pantalón, una crema de afeitar que nunca aprendió a usar o unos jabones demasiado olorosos para un hombre que se deleitaba con el aroma de las yerbas, de las flores y de la tierra. Además le concedía cuanto necesitaba, unos restos de madera provenientes de un arreglo o unas latas de zinc cambiadas por

problemas de goteras. A él todo le era útil en su desvencijado tugurio, donde la lluvia y el viento no lo dejaban en paz.

Pidió al mayordomo que propusiera a la señora su deseo de un empleo fijo, para tener un albergue estable y el derecho al seguro social, últimamente no se sentía bien, un ardor en el estómago y dificultad para orinar, un dolor en los pulmones y una angina que se le agitaba en el pecho. La respuesta fue rápida, se le daría el cuarto de arriba, qué aposento más confortable y feriados sábados y domingos lo que representaba un dilema porque dónde dormir y cambiarse de ropa.

Se instaló de inmediato con la esperanza de conocer a la buena señora, siempre encerrada en su dormitorio del que hacía su comedor y taller. Además tenía los planes más ingeniosos para permanecer en su cuarto los días libres y los feriados. Era cosa de no hacer ruido, pasar inadvertido y mantenerse encerrado para lo que se aprovisionó de latas que descargaría muy entrada la madrugada, cuando ella también durmiera.

Don Remigio está muy pálido, tose demasiado, tiene la figura perfilada de alguien que se está yendo, comentaron los compañeros de trabajo. Le recomendaron ir al Seguro Social, pero él alegó que debía trasladar las petunias. Le pidieron que se dejara examinar por el médico de la señora, pero el profesional anunció que partiría al día siguiente a un curso de actualización y no tenía tiempo para un nuevo paciente. Se atrevieron a comentar el estado precario de salud con la señora, quien les dio la dirección y el teléfono del doctor sustituto del suyo para que lo llevaran de inmediato a consulta, quería ayudar a ese buen hombre. Les recomendó que averiguaran sobre su familia para avisarles en cualquier caso de emergencia.

Con voz un tanto afónica el jardinero les contó que era huérfano y nunca había tenido conocimiento de pariente alguno. En el asilo aprendió a cuidar jardines y se enamoró de ellos, con su trabajo en el

que se afanó por la perfección había sido muy feliz. Aceptó ir a la consulta con el doctor propuesto y que lo haría una vez terminada la poda de las rosas, pues no se podía desaprovechar la mejor época para esa labor. Preguntó, cada vez más afónico, cómo era la señora, bonita o fea, joven o vieja, soltera o viuda, sana o enferma. Ante esas inquietudes tan naturales y justificadas, le contestaron que era una mujer madura, más o menos en los cincuenta, y que debió ser muy bella, agregaron que era una solitaria empedernida, callada, apenas si hablaba lo estrictamente necesario.

Aquel fatal día se levantó más temprano que nunca, no quiso desayunar porque no sentía ganas, sacó sus herramientas y continuó podando los rosales. El mayordomo lo encontró a las once, ya totalmente inconsciente y con un estertor que apenas porque era evidencia clara de su lucha entre la vida y la muerte. Llamó a los compañeros para que lo ayudaran a trasladarlo a una cama, así si estaba marcado en su destino moriría en una forma decente. ¡Qué poco sabía de los hombres que aman la tierra y les gustaba reposar en ella! Con muchas dificultades y bastante nerviosismo, lograron pasarlo a la era de los tulipanes. Debemos llamar una ambulancia y así lo hicieron pero un daño en la central telefónica había desconectado los aparatos del barrio. Despertemos a la señora, así lo amerita esta emergencia. Ella se levantó enseguida, con una botella de alcohol que le temblaba en sus manos, un poco de algodón y un frasco de reanimadores. Cuando lo vio ya en las últimas, trajo dos de sus mejores sábanas y dos de sus propias almohadas. Ordenó al mayordomo buscar un médico a como fuera, mientras le ponía alcohol en las manos, en la frente y en la nuca. El estertor terminó y don Remigio exhibió una sonrisa que nadie le había visto. Gracias a los reanimadores, el jardinero entreabrió los ojos, al fin la vio más bella de lo que se imaginó y dijo algo inentendible que el coro de espectadores tradujo como un gracias profundo y sincero.

Cuando el mayordomo llegó con el médico que pudo encontrar a las 12 mediodía, don Remigio había volteado su cara hacia la eternidad. El doctor señaló que se había muerto de muchas complicaciones, dejó el certificado y una cuenta de servicios bastante abultada. La señora lo lloraba sin que consuelo alguno la pudiera calmar.

Al repararse los teléfonos, ella misma, entre sollozos, ordenó a la funeraria de más prestigio y costo que el entierro fuera el de más rumbo y lujo, totalmente cubierto de flores, pues se iba a enterrar en la cripta de su familia. Únicamente asistieron los empleados de la casa y la señora. Después de la vela y de la misa solemne y cantada, caminaron hacia el cementerio principal de la ciudad. Allí lo dejaron y ella llorosa dijo que desde ese momento don Remigio cuidaría los jardines del cielo.

Ante esa insólita actitud de la señora, quien aun llora al jardinero, roídos por la curiosidad y por las especulaciones, el mayordomo y el resto de los compañeros se preguntaron si serían parientes, amigos, amantes. Nunca supieron que ella en la madrugada, antes de irse a la cama recorría el jardín para deleitarse con las rosas, los claveles, las petunias, los tulipanes, las camelias, las orquídeas, los recortados helechos, para luego refugiarse en su dormitorio y no saber como agradecer a ese buen hombre tanta belleza que le inspiraba los mejores sueños y alentaba sus deseos de vivir, perdidos desde tiempos atrás.

Los relojes no tienen tiempo para repicar las horas

En aquella casa de los sublimes apuros, unos entraban al amanecer, otros salían en la madrugada. Se encontraban en los pasillos y casi no se saludaban, no tenían fuerza para hacerlo. Caían en la cama con la ropa puesta y apenas si podían encender el botón de los despertadores seguros de que no oirían los timbres de alerta y llamados para emprender una jornada igual.

La familia de seis personas, los padres, dos hijas y el resto varones decidieron entrar en la embriaguez de la ocupación constante y hasta inventaban oficios y compromisos para los ratos de sanos ocios. Parecían realmente japoneses, analfabetos en el placer del descanso y del no hacer nada.

No habían sido así antes, cuando los seis eran empleados públicos, gracias a recomendaciones de importantes políticos y de influyentes diputados. En esa etapa se hipotecaron con el crédito fácil, con la compra a plazos, con los préstamos de crédito y ahorro, con el sistema de apartados, con las mutuas fianzas, hasta terminar dentro de la pesadilla de los embargos, con los salarios congelados, con la pérdida de radios y televisores, de refrigeradores y cocinas, de bicicletas y de vehículos, de ropas y de adornos. Además se les vino encima el desahucio y la necesidad de encontrar un alojamiento en que no hubiera que dar adelanto ni garantía. Terminaron precarios en una vivienda improvisada en un baldío que tenía propietario y pidió la protección de la policía para que los desalojara. Fueron tiempos de incertidumbre y desasosiego, pues transitaban entre el punto final y la coma.

Se vino por ese entonces la modernización del Estado y la reducción del gasto público, con la seductora promesa de que se

podía renunciar al puesto con el pago de prestaciones, en que se reconocía un salario por cada año trabajado. La madre renunció y se acogió al beneficio, con el que algo pagaron para liberar aparatos y prendas esenciales. Con su oficio de abogada, pensó, alguna oportunidad habría en la empresa privada o en el campo de los servicios liberales. Se aficionó a los avisos económicos y a los enmarcados con ofertas de trabajo. Al fin encontró lo que tanto le urgía, una tarea de asistente en un bufete de prestigio. Fue entrevistada, se le investigaron sus antecedentes, se le pidieron recomendaciones y por último se le hicieron algunos exámenes. Quedó bien en todo y aceptó ese sesgo que estaba a la moda de dedicación exclusiva. Se la contrató y desde entonces trabajó a tiempo completo, día y noche, sábados y domingos.

El marido, también abogado, siguió su ejemplo. Con el pago de las prestaciones canceló la prima de una vivienda social y liberó su destartalado vehículo. Dada su experiencia personal abrió un local para atender especializadamente cobros judiciales, embargos y desahucios. No le fue mal, pues se decidió a trabajar a tiempo completo y horas extraordinarias.

Sus dos hijos, uno agrónomo y el otro electricista, optaron por el mismo camino. El primero se empleó en una empresa bananera, dispuesto a despoblar de árboles las cuencas de los ríos. Dio a su padre el monto de las prestaciones para que lo colocara en préstamos con intereses de usura, de los que antes había sido víctima. El segundo se dedicó a la venta de computadoras, con instalación gratuita y mantenimiento a bajo precio por un año completo. El dinero que recibió del Estado lo colocó en un banco privado a un rédito bastante confortable.

Ante el bienestar que se les venía encima, aunque la familia sólo tenía tiempo para laborar con una constancia incansable, las dos hermanas optaron por renunciar: una como secretaria, la otra como trabajadora social. Unieron sus prestaciones para invertirlas en un

contrabando de ropas y artículos caseros, que muy pronto se convirtió en un negocio próspero y de gran porvenir. La antigua secretaria logró la administración de una tienda y propuso a sus dueños abrirla por las noches y los domingos, sin que hubiera necesidad de aumentarle su sueldo ni pagarle horas extras, se conformaba con el reconocimiento de un diez por ciento sobre las ventas. La propuesta benefició con creces a ambas partes. La trabajadora social se hizo detective privado, especialista en casos de adulterios y de paternidades negadas. Sus actividades sólo se pagaban en casos de triunfo, lo que podía significar el destroz de algunas vidas, y los honorarios había posibilidad de atenderlos en cuotas que reconocerían la devaluación de la moneda.

Ya boyantes, cada uno con su vehículo para deslizarse libres y seguros en las noches y en las madrugadas, por unanimidad llegaron a la determinación de vender la vivienda de bien social para comprar una residencia en un barrio de prestigio. En la venta se ganaron la plusvalía y la conversión de intereses bajos en altos.

Prósperos, orgullosos cada uno de sus oficios y beneficios, una tarde en que se encontraron con un rato libre, optaron por enriquecer sus actividades privadas con la participación en las luchas electorales, para eso se dividirían en tres grupos, los padres darían su adhesión a los verdes, los dos hijos a los azules y rojos, las hijas a los socialistas, en esa forma era imposible perder. A los recargos de sus labores, se sumaron rápidamente las reuniones con partidarios, las caminatas en afanes de proselitismo, la asistencia a plazas públicas, los censos y los pensamientos de cómo poder ganar y no perder.

No descuidaron sus negocios ni sus intereses, menos su avidez de dinero. Al final el electricista y la trabajadora social lograron dos diputaciones en partidos opuestos, sin olvidar sus vinculaciones fraternales lucharon hermanados por los viajes al exterior, por los vehículos libres de impuestos, por los aumentos de salario, por el alza de los viáticos y de los gastos de representación.

Ya el padre trabaja menos, ha conseguido una asesoría muy bien remunerada en la comisión que estudia el proyecto de ley que regule el inquilinato. La madre ya es socia del bufete y se ha hecho experta en concesiones turísticas, así como en la venta a extranjeros de parte importante de nuestro territorio nacional, no era para menos con dos hijos políticos. Como se logró una rebaja al impuesto nacional del banano, han hecho gerente al hermano mayor. La administradora de la tienda afinó su red de contrabando porque ahora tiene pasaporte diplomático.

Con más tiempo para ratos libres y distracciones, compraron seis relojes de la misma marca y estilo unisex que saben decir sobre los avances y logros sin repicar las horas que siempre se acaban desde el amanecer a la otra madrugada.

La edición de esta obra fue aprobada por el Consejo Editorial de la Editorial Tecnológica de Costa Rica, en sesión 286.

Dirigió la edición: Mario Castillo M.

Edición técnica: Paulina Retana A.

Diseño gráfico y diagramación: Oscar Castillo R.

Diseño de cubierta: Felipe Abarca F.

Impreso por Litografía e Imprenta LIL, S.A.

Carmen Naranjo, novelista, poetisa, fina cuentista, es un nombre fundamental de la cultura costarricense. Por esa razón, el VIII Congreso de Filología, Lingüística y Literatura, auspiciado este año por el Instituto Tecnológico de Costa Rica, la ha escogido para dedicarle tan importante evento. La Editorial Tecnológica de Costa Rica ha querido sumarse a este homenaje editando, por la vía de excepción, el más reciente libro de la escritora. En el prólogo del libro señala el profesor Gabriel Vargas lo siguiente:

“LOS POETAS TAMBIÉN SE MUEREN es el nombre del volumen de 22 cuentos, a cual más de ácidos, a cual más de socarrones, a cual más de edificantes, que la gran escritora nos presenta. De nuevo la mediocridad, el oportunismo, la envidia, la impotencia espiritual, temas universales y ejes de la narrativa de Naranjo, saltan a escena en forma de personajes de sátira moderna. El fino hilo de la ironía los gradúa.

Una sociedad de poetas muertos, a pesar de lo sublime de la película homónima, no es lo que deseamos. El poeta muere cuando pierde su compromiso, cuando se encierra en lo literario. Pero no sólo de poetas muertos trata este libro de Naranjo sino de otras víctimas cotidianas de la inautenticidad. Vale la pena una lectura-reflexión de este libro-planteamiento.”

La mayoría de los sugestivos relatos que Carmen Naranjo incluyó en este libro fueron premiados en la edición de 1997 del premio “Rogelio Sinán”, otorgado por el Gobierno de Panamá. Al lector no le resultará difícil conocer las razones de esa distinción.



Editorial Tecnológica
de Costa Rica

ISBN 9977-66-115-4



9 789977 661155